

LA ESTRATEGIA ALEMANA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

por JUAN PRIEGO LOPEZ
Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

I. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos bosquejar en este artículo un juicio ponderado de la estrategia alemana en la Segunda Guerra Mundial, sopesando debidamente los alegatos de las diversas partes interesadas en dicho pleito.

La empresa es, desde luego, muy difícil y casi quijotesca, porque las fuentes de información han sido prácticamente acaparadas por el bando vencedor, que se incautó de los archivos del vencido y los viene utilizando hasta ahora con manifiesta parcialidad.

Y no menos parciales resultan la mayoría de las memorias publicadas después de la guerra por políticos y militares alemanes, que pretenden salvar su responsabilidad en el desastre de su Patria, descargándola íntegramente sobre las espaldas de Hitler y sus principales colaboradores.

Tal estado de opinión puede parangonarse con el que se produjo en Francia hace un siglo y medio, con motivo del derrumbamiento del imperio napoleónico. Pues, también entonces, los enemigos solapados del régimen caído salieron a la luz, criticando apasionadamente la personalidad y la obra del caudillo corso. Y hasta sus propios lugartenientes renegaron de él y se unieron al coro de sus detractores.

Pero, aunque deportado y recluso en la isla de Santa Elena, Napoleón sobrevivió todavía lo bastante para legarnos unas Memorias justificativas, que sirven de contrapeso a tales críticas y contribuyen a esclarecer los motivos de sus acciones.

Hitler y sus colaboradores más íntimos no han sido tan afortunados. Pues —como es sabido— todos ellos perecieron al producirse el derrumbamiento final, o fueron ejecutados por los vencedores, tras un juicio, en el que no tuvieron verdadera oportunidad de defenderse.

Ninguno de ellos ha dejado tampoco unas Memorias que aclaren suficientemente su actuación durante la guerra, sin que puedan considerarse como tales las que, con el título de *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, *Diario de guerra de Hitler*, *Diario de Goebbels*, etc., se han publicado en estos años por iniciativa o bajo la supervisión de las autoridades aliadas; ya que, aun dando por buena su autenticidad, se trata, en todo caso, de notas o reflexiones fragmentarias, sin relación directa con las decisiones fundamentales de orden político o estratégico.

Nos encontramos, por tanto, ante un proceso en que la acusación se ha reservado todas las ventajas posibles, mientras la defensa se ve privada de la libertad y de los medios necesarios para ejercitar sus derechos.

Por fortuna, algunos historiadores y comentaristas independientes del bando vencedor (Fuller, Liddell Hart, Hinsley, Russell Grenfell, Veale, Wedemeyer, Hanson Baldwin, Cossé-Brissac y otros, que serán citados a su debido tiempo), se han esforzado, con una nobleza que les honra, en restablecer la balanza de la justicia, examinando con la mayor objetividad la actuación de los vencidos.

También las Memorias de ciertos generales alemanes (especialmente, las de Guderian, Manstein, Kesselring y Rendulic), pueden servirnos de guía, por tratarse de testimonios muy autorizados y bastante objetivos. No ofrecen las mismas garantías otras obras de la misma procedencia, donde la versión documentada de los hechos se halla enturbiada por un apasionamiento en los juicios que tiene que repugnar necesariamente a todo lector imparcial.

No obstante, en las más recientes publicaciones sobre dicho tema aparecidas en unos y otros países, se advierte una mayor moderación en los juicios sobre la dirección suprema alemana en la Segunda Guerra Mundial, centralizada principalmente en Adolfo Hitler. Creemos, pues, llegado el momento de intentar una revisión de tales juicios, no para absolver al Führer alemán de toda culpa, sino para precisar en justicia la magnitud y trascendencia de sus yerros.

El planteamiento correcto de la cuestión nos parece ser el siguiente:

1.º Estudiar sin prejuicios los antecedentes del conflicto, para determinar en qué medida resulta Hitler responsable de su iniciación y extensión posterior.

2.º Hacer un balance global de las fuerzas en presencia, no sólo de las inmediatamente disponibles, sino de aquellas cuya intervención podía preverse a la larga; con objeto de discernir las perspectivas de victoria que se le ofrecían a Alemania y la mejor forma de aprovecharlas.

3.º Comparar los resultados del anterior balance con las principales decisiones de Hitler en el orden estratégico, y establecer así, de un modo equitativo, la cuenta de sus aciertos y de sus fallos.

4.º y último. Señalar la influencia de unos y otros en el resultado final.

A la luz de los nuevos elementos de juicio que han ido apareciendo en estos últimos años, examinaremos sucesivamente estos cuatro puntos, y expondremos de un modo sumario nuestra opinión acerca de ellos (1).

II. ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

Como es sabido, los orígenes de la Segunda Guerra Mundial se remontan a las graves injusticias de que Alemania fue víctima en el *Tratado de Versalles* de 28 de junio de 1919, que puso fin a la primera conflagración del mismo género, iniciada unos cinco años antes.

Efectivamente, el 11 de noviembre de 1918, los alemanes depusieron las armas bajo la promesa formal suscrita el día 6 por el Secretario de Estado americano Mr. Lansing, en nombre de los gobiernos aliados, de que la paz sería negociada de acuerdo con las condiciones relativamente moderadas expuestas por el Presidente Wilson en los famosos «catorce puntos» de su mensaje al Congreso de 8 de enero del mismo año. Pero una vez que los vencidos quedaron inermes, los vencedores se desentendieron de aquella pro-

(1) Un estudio más amplio y detallado de algunas de estas cuestiones podrá hallarlo el lector en la segunda edición de mi *Historia Militar Contemporánea*, próxima a publicarse, así como en las obras que se citan al final de este artículo.

mesa, excluyendo a sus recientes adversarios de toda participación en la *Conferencia de la Paz*, que se inauguró en París el 18 de enero de 1919, y manteniendo mientras duraban las deliberaciones de la misma, un severo bloqueo que prolongaba inhumanamente los sufrimientos de la población civil alemana.

El entonces primer ministro de Italia, Francesco Nitti, en su obra *L'Europa senza pace*, comenta a este respecto: «Constituirá siempre un funesto precedente en la historia moderna que, con desprecio de todos los usos consagrados, de todos los antecedentes y de todas las tradiciones, los delegados de Alemania no fueran siquiera oídos. No tuvieron más remedio que firmar el tratado en el momento en que el hambre, el agotamiento y la amenaza de una revolución, les impedía obrar de otro modo» (2). Y Lord Buckmaster opina, por su parte: «El inducir a cualquier nación, por mala y abominable que pueda ser, a deponer las armas, con arreglo a una serie de condiciones, y después, cuando está indefensa, imponerle otras, es un acto deshonesto que nunca podrá ser borrado» (3).

No habiendo, pues, mediado negociación o trato alguno entre una y otra parte, las decisiones unilaterales que liquidaron la Primera Guerra Mundial no podían ser consideradas por los vencidos como verdaderos «tratados», a cuyo cumplimiento se sintieran obligados en conciencia, sino como «dictados» o imposiciones que tendrían que soportar mientras las circunstancias no les permitieran eludirlos.

Tal fue el concepto que mereció a los alemanes la llamada paz de Versalles, en virtud de la cual su Patria perdía todas sus colonias; devolvía a Francia la Alsacia y la Lorena; cedía a Polonia la provincia de Posen, juntamente con un amplio «pasillo» hasta la bahía de Danzig, que aislaba la Prusia oriental del resto de Alemania; experimentaba sensibles mutilaciones en la Alta Silesia y el Schleswig (véase croquis núm. 1); quedaba prácticamente desarmada y a merced de sus poderosos vecinos, y era condenada a pagar una crecidísima indemnización de guerra, que ulteriormente quedó fijada en la fabulosa cifra de 132 mil millones de marcos oro. Y, por añadidura, los delegados alemanes hubieron de suscribir

(2) Traducido libremente de la primera edición italiana. R. Bemporad & Figlio, Firenze, 1921, p. 113.

(3) Citado por Russell Grenfell, en su obra *Odio incondicional* (Ed. española Espasa-Calpe, Madrid, 1955, p. 93).

también una cláusula, en la que se hacía recaer sobre su Patria la entera responsabilidad de la guerra; cláusula desprovista de todo valor jurídico y moral, por haber hecho constar tales delegados que únicamente la firmaban obligados por la fuerza.

A consecuencia de todo ello, Alemania quedó sumida por largo tiempo en una situación caótica. El Estado y la economía estuvieron a pique de derrumbarse. Los «espartaquistas» (elementos marxistas afines al bolchevismo) promovieron graves desórdenes en diferentes puntos del país, y sólo pudieron ser reducidos merced a la bravura y abnegación de Cuerpos de voluntarios, constiuídos por oficiales y soldados del antiguo Ejército. Y, mientras tanto, Francia se esforzaba en precipitar la ruina y descomposición de su abatida rival, ocupando en 1923 la cuenca del Ruhr y fomentando artificiosamente el separatismo de Renania, el Palatinado y Baviera (4).

Un pueblo de tan acusada conciencia nacional, como era el alemán, no podía soportar indefinidamente un trato tan desconsiderado y vejatorio. Y, así, no tardó en cundir en amplios sectores de la opinión alemana la aspiración de liberar a su patria del pesado yugo que se le había impuesto en Versalles, y de restablecerla en la posición que, por su gloriosa historia y elevada cultura, le correspondía entre las grandes potencias europeas.

El partido nacionalsocialista, acaudillado por Adolfo Hitler, supo hacerse intérprete de estos anhelos del pueblo alemán, y a ello se debió el creciente eco que sus doctrinas fueron encontrando en todos los ámbitos del país.

No necesitamos detallar aquí la biografía y las doctrinas del famoso *Führer*, que consideramos suficientemente divulgadas. Basta recordar que, pese a su modesto origen, Hitler poseía unas dotes extraordinarias de propagandista, y que intuyó sagazmente la necesidad de asociar las aspiraciones nacionales con las reivindicaciones sociales, para substraer a las masas populares germanas de la influencia marxista. A tal fin reemplazó la consigna de «lucha de clases» por la de «lucha de razas»; proponiendo la unión de todos

(4) Esta política francesa suscitó por entonces severas críticas en los medios políticos ingleses. Sir John Simon opinaba en 14 de agosto de 1923 que la ocupación del Ruhr era «en realidad, un acto de guerra». Y en el *Liberal Year Book* de abril del mismo año se expresaba el temor de que la «herida infligida a Alemania fuera ya bastante profunda para perdurar hasta el momento en que dicha nación hubiese recobrado la potencia necesaria para aplicar la pena del talión».

los alemanes de origen «ario», con objeto de eliminar la desmedida influencia que los judíos habían alcanzado en la política y la economía del país, a partir de la proclamación de la República.

Estas consignas encontraron muy pronto entusiasta acogida, especialmente, entre los desmovilizados sin empleo. Y el flamante «Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista» (abreviadamente, *Nazi*) —como Hitler denominó, en definitiva, al movimiento por él dirigido—, llegó a contar en 1923 con decenas de millares de afiliados y un número todavía mayor de simpatizantes.

En noviembre de aquel mismo año, Hitler se atrevió, pues, a oponerse, en unión del General Ludendorff, a la intentona separatista del Gobierno bávaro, presidido por von Kahr. Y aunque la airada protesta de los nazis fue ahogada en sangre, los planes de von Kahr quedaron frustrados, merced a la oportuna intervención de la *Reichswehr*. De todos modos, el partido nazi quedó disuelto por orden del Gobierno federal, y su caudillo fue condenado a cinco años de prisión en la fortaleza de Landsberg, en el Lech.

Sin embargo, la reclusión de Hitler en dicha fortaleza sólo duró unos meses (del 10 de abril al 20 de diciembre de 1924, en que fue indultado), que aquél aprovechó para escribir su libro *Mein Kampf* («Mi lucha»), donde se precisan y aclaran sus doctrinas. Especial interés ofrecen sus directrices fundamentales de política exterior: unidad alemana: liberación de las trabas de Versalles; expansión hacia el Este. Esta última constituye la suprema finalidad a que se subordinan las anteriores, tendiendo, en una parte, a derrocar, en Rusia, el régimen soviético, que era sin duda el enemigo más temible de Alemania y de toda la cultura occidental, y, de otra, a proporcionar a los pueblos germánicos «espacio vital» suficiente para su futuro desarrollo. Política colonizadora que tiene sus precedentes en la obra de los caballeros teutónicos y en los establecimientos alemanes a orillas del Volga por iniciativa de Catalina «la Grande», y que se había intentado proseguir en 1918, después de la paz de Brest-Litowsk, fomentando el separatismo de Ucrania y los Estados bálticos, con la mira de disociar el heterogéneo conglomerado ruso en una pluralidad de naciones mediatizadas por Alemania (5). Para la consecución de tal finalidad, preconizaba Hit-

(5) Ni más ni menos que lo efectuado después por los aliados con el imperio austro-húngaro, y lo que Francia intentó realizar el año 1923 en Renania, el Palatinado y Baviera.

ler renunciar a toda reivindicación contra las potencias occidentales, cuya neutralidad, e incluso amistad, había que procurarse a toda costa. Y con particular énfasis insistía el caudillo nazi en las ventajas mutuas que podrían derivarse de una alianza anglogermana dirigida contra Rusia (6).

Cuando Hitler salió de su prisión, la situación interior y exterior de Alemania había entrado en una fase de pasajera y engañosa mejoría. Con la aceptación del «Plan Dawes» y la concesión de los importantes créditos norteamericanos destinados a ponerlo en marcha, los alemanes lograron temporalmente estabilizar su moneda y restaurar su maltrecha economía. Y mediante el *pacto de Locarno* (15 de octubre de 1925), en virtud del cual aceptaba el Gobierno alemán como definitivas las fronteras con Bélgica y Francia, fijadas en Versalles, se consiguió la evacuación anticipada de las cabezas de puente de Colonia, Coblenza y Maguncia. Al propio tiempo, se concedía a Alemania un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones; reconociéndose así, al menos formulariamente, la jerarquía internacional del Estado alemán, presidido ya entonces por el veterano mariscal Hindenburg.

Pero ninguna de las principales reivindicaciones de Alemania quedaba, sin embargo, satisfecha. Pues dicha nación no logró que se rectificase el arbitrario y perjudicial trazado de sus fronteras orientales, que dejaba aislada de las demás una de sus más importantes regiones, ni que se le otorgara la igualdad de derechos en materia de armamento; permaneciendo, de este modo, prácticamente indefensa frente a la poderosa coalición franco-checo-polaca, que amenazaba con estrangularla por el Oeste, Sur y Este (véase croquis núm. 2).

Por otra parte, el panorama político y económico de Alemania volvió a ensombrecerse, con motivo de la crisis financiera que se inició en los Estados Unidos a fines de 1929, y que obligó a retirar los créditos que subvencionaban la restauración de la industria teutona. Muchas fábricas tuvieron que cerrar, y el paro obrero creció en proporciones pavorosas. Los comunistas intentaron aprovecharse de la situación y promovieron sangrientos incidentes. Todo lo cual favoreció el auge del partido nazi, que había sido reorganizado por Hitler después de su liberación, y que ofrecía solución

(6) Véanse los capítulos XIII y XIV de la mencionada obra (segunda edición española, publicada en Munich, en octubre de 1937).

para el problema del paro y el mantenimiento del orden. De este modo, en las elecciones del 14 de septiembre de 1930, dicho partido obtuvo 6.401.000 votos y 107 diputados, en vez de los 12 de que disponía hasta entonces en el Reichstag. Y en las del 31 de julio de 1932, el número de sus electores asciende a 13.700.000, y el de sus representantes a 230; convirtiéndose en el partido más importante de Alemania. Inútilmente tratan sus enemigos declarados u ocultos, de cerrarle el acceso al Poder, que, al fin, viene a sus manos, al encargarle el Presidente Hindenburg, en 30 de enero de 1933, de la jefatura del Gobierno.

* * *

En el momento en que Hitler se hizo cargo del Poder en Alemania, la situación interna del país se había agravado considerablemente. El déficit presupuestario alcanzaba la enorme cifra de siete mil millones de marcos-oro; los campesinos se hallaban agobiados por las deudas; el número de parados rebasaba ampliamente los seis millones, y, aprovechándose de tan difíciles circunstancias, el partido comunista —que contaba con organizaciones de combate equivalentes en número y eficacia a las de los nazis—, preparaba una formidable insurrección.

Para hacer frente a estos gravísimos problemas, el nuevo jefe del Gobierno alemán comenzó por disolver el Reichstag —donde su partido, aun siendo el más importante, no disponía todavía de mayoría absoluta—, y convocó nuevas elecciones para el 5 de marzo de 1933.

Mientras se desarrollaba la campaña electoral, los síntomas de un próximo levantamiento comunista se hicieron inminentes. Y tales síntomas se vieron confirmados el 27 de febrero con el incendio del Reichstag, que había de constituir la señal o el prelude de la rebelión. Pero la rápida y enérgica actuación de las autoridades nazis hizo abortar el complot, desarticulando las organizaciones rojas, declarando fuera de la ley al partido comunista y encarcelando a sus principales dirigentes.

De este modo, pudieron celebrarse en orden las anunciadas elecciones, en las que los nacionalsocialistas obtuvieron la mayoría requerida. Y en la primera sesión del nuevo Parlamento —que tuvo lugar el 22 de mayo, en la Opera Kroll—, se concedieron a Hitler

plenos poderes por un período de cuatro años, para «socorrer a los campesinos e integrar a los parados en el circuito de la producción».

Hitler procedió, al mismo tiempo, a desarrollar su programa de unificación nacional, reagrupando las formaciones patrióticas, disolviendo los partidos políticos e identificando el Estado con el nacionalsocialismo. Medidas, todas ellas, que fueron ratificadas por el pueblo alemán en las nuevas elecciones celebradas el 12 de diciembre de 1933, en las que la lista de candidatos nazis obtuvo cerca de 40 millones de votos, equivalentes al 92 por 100 del censo electoral.

A la misma finalidad unificadora respondía la nueva ley orgánica del Reich, de 30 de enero de 1934, en la que el sistema federativo que había prevalecido hasta entonces en el Estado alemán era sustituido por un gobierno de tipo centralista. Pero esta labor de integración estuvo a punto de malograrse, a causa del funesto antagonismo que surgió por entonces entre la *Reichswehr* y las S. A. (milicias del partido).

La última organización citada había crecido desmesuradamente desde el año anterior, llegando a contar con unos tres millones de hombres, agrupados en unidades similares a las del Ejército, y su jefe de Estado Mayor, el capitán Röhm (7), pretendía convertirla en el elemento principal de la futura *Wehrmacht*. El ministro de Defensa del Reich, General Blomberg, se opuso a tales pretensiones, apoyado por Hitler, que entendía (al menos, por entonces), que sólo la oficialidad profesional se hallaba capacitada para los altos mandos militares, y que los jefes del partido debían limitarse a la acción política.

Röhm no renunció, sin embargo, a sus propósitos, y al verse desautorizado por el Führer, decidió rebelarse contra él, promoviendo una «segunda revolución» de tendencias sociales avanzadas, para lo cual se puso de acuerdo con el intrigante General Schleicher y con el jefe nazi disidente Grégor Strasser.

La posición de Hitler parecía así insegura, y ante la eventualidad de su caída y el inminente fallecimiento del anciano mariscal Hindenburg (cuyas fuerzas declinaban por momentos), los elementos reac-

(7) Se trataba de un veterano de la Primera Guerra Mundial, que se había comportado heroicamente en la batalla de Verdún, pero de espíritu aventurero e indisciplinado, a quien Hitler, después de su liberación, confió la reorganización de las Milicias nazis.

cionarios se dispusieron también a aprovecharse de las circunstancias.

Pero el Führer se adelanta a los proyectos subversivos de ambos grupos, sorprendiendo el 30 de junio de 1934, en Wiessee (Alta Baviera), a Röhm y sus principales colaboradores, que se habían reunido allí para ultimar sus planes, y ordenando su ejecución tras un sumario juicio. Mientras tanto, su lugarteniente Göring detiene, a su vez, a los conspiradores de Berlín, que son eliminados también implacablemente (8).

Mediante esta sangrienta purga (que no puede compararse, sin embargo, en intensidad y refinamiento, con las que coetáneamente tenían lugar en la Rusia soviética), quedó zanjada, a satisfacción de la *Reichswehr*, su rivalidad con las milicias del partido. Y, en consecuencia, el 19 de agosto de 1934, tras la muerte de Hindenburg, el Ejército alemán profesional acató sin reservas la designación de Hitler para la Jefatura del Estado, con el título de *Reichsführer*, por un plebiscito casi unánime (38.362.760 votos a favor y 4.294.654 en contra); prestándole el correspondiente juramento de fidelidad.

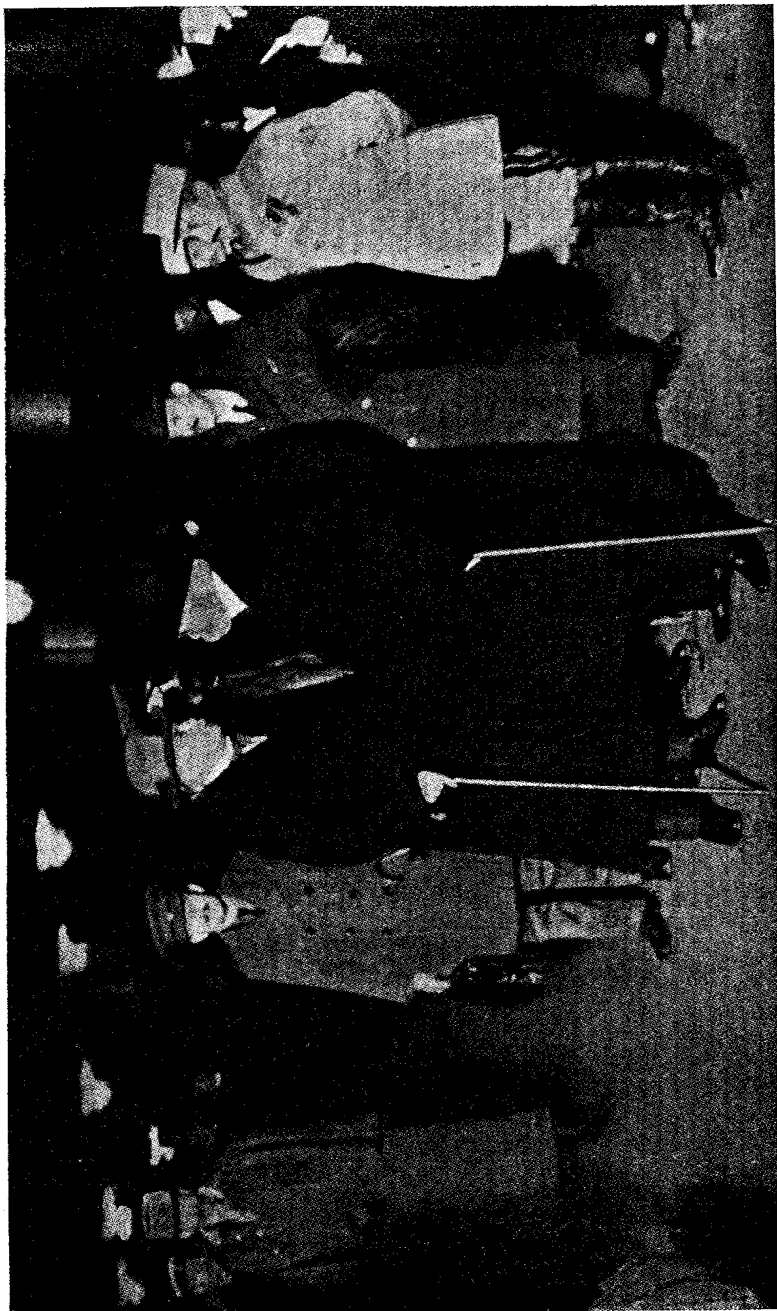
De este modo, el régimen nazi quedaba al fin consolidado y en disposición de afrontar, con la necesaria autoridad, las graves cuestiones pendientes de orden internacional.

Efectivamente, la elevación al poder del nacionalsocialismo había sido acogida con extremada hostilidad por una gran parte de la opinión extranjera. En febrero de 1933, el Gobierno polaco del Mariscal Pilsudski movilizó sus tropas y se dispuso a invadir la Prusia oriental. Pero como los gobernantes de París y Londres no se mostraron propicios a respaldar su acción, el citado mariscal desistió de sus propósitos belicosos y se esforzó en llegar a un acuerdo con el nuevo Gobierno alemán.

Por otra parte, los dirigentes del judaísmo internacional reaccionaron airadamente contra la implantación en Alemania del régimen nazi, al que, en 23 de marzo de 1933, declararon la guerra económica y financiera (9), procurando por todos los medios a su alcance concitar contra él la opinión de los países democráticos. La

(8) En Berlín hubo, desde luego, excesos en la represión, que fueron sancionados por el Führer con la muerte de los responsables de los mismos.

(9) El texto de tal declaración se publicó en el *Daily Express* de la citada fecha y puede verse reproducido en *Les Origines secrètes de la guerre 1939-1945* («Lectures Françaises», núm. spécial, Juin 1957, p. 117).



Los artífices del Tratado de Versalles. — Clemenceau y Lloyd George se entrevistan en la estación del Norte de París, durante la Conferencia de la Paz (enero-junio de 1919).



Un grupo de paisanos armados durante la revolución comunista en Munich (1919).

Francmasonería —cuyas íntimas relaciones con el movimiento político judío son tan notorias—, se apresuró a secundar tal actitud, fomentando la psicosis belicista en tales países (10). Y la *Komintern* incitaba, a su vez, a las masas proletarias a formar un frente único para derrocar a los gobiernos totalitarios y oponerse a la expansión de sus doctrinas (11).

Por consiguiente, desde la instauración del régimen nazi, Alemania se hallaba amenazada de una invasión por todas sus fronteras, y comprendiéndolo así, Adolfo Hitler procuró acelerar el rearme de su Patria para ponerla al abrigo de un ataque por sorpresa. Decisión que se vio influida también por el mal cariz que para los intereses alemanes iba tomando la *Conferencia del Desarme*, inaugurada en Ginebra el 2 de febrero de 1932.

Ya con anterioridad al triunfo del nacionalsocialismo, la delegación alemana en dicha conferencia había exigido el cumplimiento de la promesa contenida en el preámbulo a la Parte V del Tratado de Versalles, de que el desarme de Alemania sería seguido de un desarme general (12); pues, de otro modo, su Patria no se consideraría obligada por más tiempo a la observancia de las cláusulas militares del susodicho tratado (13). En resumidas cuentas, lo que Alemania pretendía era negociar con las demás naciones en pie de igualdad; que tales naciones desarmaran en la misma proporción que a ella se le había exigido trece años antes, o que se le permitiera rearmarse hasta el nivel consentido a las demás. Tal pretensión resultaba razonable en el supuesto de que se tendiera a un desarme equitativo. Pero las potencias aliadas, y, en especial Francia, se opusieron con evasivas y dilaciones a dicha tesis, y, en vista de ello, los delegados alemanes se retiraron por primera vez, en

(10) Ibid. Véanse textos reproducidos en las páginas 162 y 163.

(11) Véase el folleto de G. DIMITROF: *La lucha por el frente único contra el fascismo y la guerra*. (Ediciones Europa-América, Barcelona, 1938).

(12) Extracto del Tratado de Versalles, Parte V. Cláusulas militares, navales y aéreas: «A fin de hacer posible el comienzo de una limitación general de los armamentos de todas las naciones, Alemania se compromete a observar estrictamente las cláusulas militares, navales y aéreas que siguen». (Reproducido en la *Verité sur cette guerre*, editado por «The Research Department of the British Peoples Party», 12 John Street, London, WC. 1, segunda edición francesa, enero de 1940).

(13) Véase JACQUES CHASTENET: *Europa entre dos guerras*. (Ed. española EPESA, Madrid, 1945, pp. 99-100).

22 de julio de 1932 (seis meses antes del advenimiento de Hitler al Poder), de la Conferencia del Desarme; haciendo constar que no volverían a ella, si no se le reconocía a su Patria la «igualdad de derechos». Ante la actitud irreductible de tales delegados, que ponía en peligro el éxito de la Conferencia, Francia acabó por ceder, y en 11 de diciembre de 1932, le fue reconocida en principio a Alemania la igualdad que pretendía, quedando tan sólo por discutir las modalidades de ejecución.

Cuando Hitler subió al Poder, la cuestión parecía, así, en vías de solución satisfactoria. Por lo cual, los delegados alemanes volvieron a la Conferencia del Desarme, y el Führer hizo en 21 de marzo y 17 de mayo de 1933 declaraciones pacifistas; adhiriéndose en la última de ellas a la propuesta del *premier* inglés MacDonald, fijando en 200.000 hombres, con tiempo de servicio reducido, el efectivo máximo terrestre de todas las grandes potencias europeas. Y en el ambiente de euforia internacional producido por tales declaraciones, se acordó en 7 de junio siguiente, por iniciativa de Mussolini, la firma de un «pacto de los cuatro» (Francia, Inglaterra, Alemania e Italia) para asegurar la revisión pacífica de los Tratados de 1919 y tener a raya a la Rusia soviética.

Desgraciadamente para la paz del mundo, se recrudeció por entonces la campaña de los congresos sionistas, las logias masónicas y las organizaciones marxistas contra la Alemania nazi, a causa de las medidas discriminatorias adoptadas en este país contra los individuos de raza semita; esforzándose en convencer a los elementos oficiales de Francia y otros países, de que sería un error y un crimen negociar con el *Führer* (14). Debido a lo cual, el «Pacto de los cuatro» quedó sin efecto, y las potencias democráticas se dispusieron a mantener una firme actitud frente a las pretensiones alemanas.

De este modo, al reanudarse en el mes de octubre la Conferencia del Desarme, la delegación francesa propuso que la igualdad de derechos concedida en principio a Alemania quedara aplazada por un período «de prueba» de cinco años. Los representantes de Inglaterra y Estados Unidos se adhirieron a tal propuesta. Y, de este modo, las aspiraciones del pueblo alemán se vieron nuevamente defraudadas.

(14) BENOIST-MÉCHIN: *Historia de Alemania y su Ejército (1918-1938)*. (Edición española Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1942, p. 609).

Ante esta actitud de intransigencia, Hitler ordenó en 14 de octubre de 1933 la retirada definitiva de sus delegados en la Conferencia del Desarme y la Sociedad de Naciones; decisión que fue aprobada por el pueblo alemán en el plebiscito de 12 de diciembre siguiente, por 40.601.577 votos, que representaban el 95 por 100 de los votantes.

El Führer no desistió, sin embargo, de un acuerdo con las potencias occidentales. Hacía, en realidad, un año que Alemania, basándose en la igualdad de derechos que le fue otorgada en principio, había comenzado su rearme. Desde su elevación al Poder, Hitler puso en marcha un «plan cuatrienal» para la eliminación del paro forzoso, mediante el desarrollo de la industria de armamentos, garantizando al propio tiempo la seguridad interior y exterior del país. A fines de 1933, dicho plan había conseguido ya resultados sustanciales, disminuyendo el número de parados en unos tres millones. Tal rearme iba dirigido principalmente contra la Rusia soviética, cuyas relaciones cordiales con la República alemana, iniciadas con el convenio de Rapallo de 16 de abril de 1922 (15), quedaron bruscamente interrumpidas con la institución del régimen nazi. Una de las primeras medidas de Hitler al encargarse del Gobierno, fue hacer regresar de Moscú a la misión militar germana que allí funcionaba desde hacía años, con lo que daba a entender que no había renunciado a sus planes contra la U. R. S. S., esbozados en su libro *Mi lucha*. Pero, para la realización de tales planes, ya hemos dicho que el Führer necesitaba asegurarse la neutralidad de las potencias occidentales, y, en especial, la de Francia, con la que, a raíz de su retirada de la Conferencia del Desarme, inició negociaciones directas sobre tan importante cuestión.

A tal fin, en 18 de diciembre de 1933, Hitler notificó al Gobierno francés que Alemania renunciaba a toda reivindicación territorial en el Oeste, con excepción de la comarca del Sarre, cuya suerte habría de decidirse en un plebiscito (16); a cambio de lo cual pe-

(15) En virtud de este convenio, técnicos y militares alemanes fueron enviados a Rusia para cooperar a la reorganización de la Industria y el Ejército soviético. Y hasta se dice que entre la Reichswehr y el Alto Mando ruso existían acuerdos secretos. (Véase FRITZ HESSE: *Intriga en torno de Alemania*, ed. española de Luis de Caralt, Barcelona, febrero de 1956, p. 9).

(16) Este se celebró el 13 de enero de 1935, bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, y constituyó un gran éxito para la Alemania nazi, a la que

día que se autorizase a su país a aumentar sus efectivos militares a 300.000 hombres, dotados de un armamento puramente defensivo (excluyéndose, por tanto, los aviones de bombardeo, los carros de combate pesados y las piezas de artillería de calibre superior a 15 centímetros).

Esta propuesta del Führer ocasionó gran alarma entre los países de la *Petite Entente* (Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia), aliados de Francia, que se consideraban especialmente amenazados por el rearme alemán; los cuales influyeron sobre el Gobierno de París para que tal propuesta fuese rechazada.

En su virtud, los gobernantes franceses se mostraron opuestos a negociar sobre el rearme de Alemania fuera del marco de la Sociedad de Naciones, y consideraron desde luego inadmisibles la cifra de 300.000 hombres fijada por Hitler para los efectivos de su Ejército.

El Gobierno británico intentó mediar en la cuestión, reproduciendo la propuesta hecha el año anterior por Mac Donald de que todos los ejércitos europeos se redujesen al efectivo de 200.000 hombres. Hitler aceptó esta cifra como base de discusión y prometió limitar su rearme aéreo a un 30 por 100 del de sus vecinos, y el naval a un 35 por 100 del tonelaje británico. Pero M. Barthou, ministro francés de Asuntos Exteriores, se negó en 17 de abril de 1934 a proseguir las negociaciones para legalizar el rearme alemán, y declaró que en adelante su país velaría por su seguridad con sus propios medios (17).

Tal resolución carecía de sentido, si Francia no estaba dispuesta a iniciar una guerra preventiva contra Alemania. Pero en el pueblo francés no existía por entonces voluntad de lucha, y la Gran Bretaña se oponía a cualquier intento de agresión. En vista de ello, se propuso M. Barthou intimidar a Hitler concertando pactos con la Rusia soviética y demás países del Este europeo. Pero tropezó con la resuelta negativa de Polonia, que acababa de firmar con Ale-

fue incorporada dicha comarca, conforme el deseo manifestado por el 90 por 100 de los electores de la misma.

(17) Parece ser que esta actitud intransigente de Barthou se debió a los informes recibidos del embajador francés en Berlín, François-Poncet, a quien el General Schleicher había declarado por entonces que los días del régimen nazi estaban contados. Sobre todo ello, véase la citada obra de Benoist-Mechin (edición española, pp. 616-617 y 640).

manía un Pacto de amistad (26 de enero de 1934) y rechazaba toda alianza con los rusos.

Las contramedidas francesas contra el rearme alemán tuvieron que reducirse, pues, a intensificar su propio rearme. Y, así, el Gobierno de París restableció en 15 de marzo de 1935 el servicio militar de dos años. Decisión a la cual replicó Hitler decretando al día siguiente la implantación en Alemania del servicio militar obligatorio, con lo que se desentendía en un modo abierto y definitivo de las cláusulas militares del Tratado de Versalles. Francia, que se había negado sistemáticamente a una revisión amistosa y equitativa de tales cláusulas, tuvo ahora que limitarse a protestar de este acto unilateral de Alemania, que fue condenado formulariamente por la Sociedad de Naciones.

Para prevenir otras posibles transgresiones alemanas del orden internacional establecido, se reunieron en Stressa (*Lago Maggiore*), los representantes de Inglaterra, Francia e Italia que concertaron, el 14 de abril siguiente, un acuerdo en el que se preveía la cooperación aérea de las tres potencial para defender la independencia de Austria. Pero este «frente de Stressa» no pudo mantenerse a la larga, debido a las discrepancias que no tardaron en surgir entre sus componentes.

En efecto, de conformidad con las ideas expuestas en su libro *Mi lucha*, a que antes nos hemos referido, Hitler había iniciado en febrero de aquel mismo año negociaciones para un acuerdo naval con Inglaterra, que encontraron favorable acogida por parte del Almirantazgo británico. Llegóse así, en 18 de junio de 1935, a la firma de tal acuerdo, en virtud del cual, Alemania quedó autorizada a aumentar el tonelaje de su flota de superficie hasta un 35 por 100, y el de su flota submarina, hasta un 45 por 100 de las fuerzas inglesas del mismo tipo (18). Con ello, el Gobierno británico daba por enterradas las cláusulas militares de Versalles, y venía a legalizar el rearme alemán.

No pararon aquí los intentos de acercamiento de Hitler con In-

(18) Como lo hace constar F. H. Hinsley, basándose en los Archivos navales alemanes y en los Documentos de Nuremberg, Hitler puso voluntariamente límites a su rearme naval para no inquietar a Inglaterra y facilitar el establecimiento de relaciones amistosas con dicha potencia. (Véase su obra *Hitler's Strategy*, traducida al español con el título impropio de *Hitler no se equivocó*, editorial AHR, Barcelona, 1935, p. 27).

glaterra, pues von Ribbentrop, enviado a Londres como plenipotenciario para la firma del susodicho acuerdo, llevaba el encargo de establecer las bases de una verdadera alianza con aquel país, comprometiéndose Alemania a cooperar con sus fuerzas terrestres, aéreas y navales a la defensa del Imperio británico, a cambio de que se le concedieran manos libres para atacar a la Rusia soviética. Pero en Inglaterra existía un núcleo de opinión belicista condensado en torno de Winston Churchill, que, desde el advenimiento de los nazis al Poder, venía preconizando una guerra preventiva contra Alemania, y, por influjo del cual, las amistosas propuestas de Hitler no fueron atendidas por el Gobierno británico (19).

Mientras tanto, Francia orientaba su política de alianzas hacia la Unión Soviética, con la cual concertaba, en 2 de mayo del mismo año, un pacto de asistencia mutua, refrendado por la calurosa acogida dispensada poco después en Moscú al ministro francés Laval, y completado unos días más tarde por un pacto análogo, firmado por los gobernantes rusos con Checoslovaquia. De esta manera, la Unión Soviética salía de su aislamiento internacional y procuraba servirse de los gobiernos democráticos para conjurar la amenaza que sobre ella se cernía por parte de la Alemania nazi. Al mismo fin tendían las consignas difundidas por el Secretario General de la *Komintern*, Jorge Dimitrof, en el VII Congreso de dicha organización (celebrado durante aquel verano en la capital moscovita), con las siguientes palabras: «El peligro más amenazador para nuestra patria proletaria es la probable agresión del fascismo alemán. Si no logramos desviar estas fuerzas hacia otros países, no podremos conjurar este peligro» (20). Con tal objeto, el famoso agitador búlgaro recomendaba a sus secuaces de todo el mundo la formación de un amplio *Frente Popular Antifascista*, cuya verdadera finalidad consistiría en provocar la guerra entre los países democráticos y los totalitarios, dejando a salvo a la Unión Soviética.

Y, así, cuantos conflictos surgieron desde entonces entre uno y otro grupo de potencias, fueron explotados por las organizaciones comunistas y sus auxiliares conscientes o inconscientes para

(19) Véanse FRITZ HESSE: *Intriga en torno de Alemania* (pp. 38-39, 41, y 43) y F. H. HINSLEY (ob. cit., pp. 25-26).

(20) JACQUES CHASTENET: ob. cit., pp. 131-132.

desencadenar la gran conflagración mundial, que había de favorecer el desarrollo de sus planes.

Tal sucedió, en primer lugar, con ocasión de la guerra italo-abisinia, iniciada el 3 de octubre de 1935. Los elementos antifascistas se esforzaron entonces en arrastrar a Inglaterra a una guerra con Italia, y aunque no lo consiguieron, lograron al menos que la Sociedad de Naciones decretara sanciones económicas contra el segundo país citado, que sin debilitar su esfuerzo bélico, ofendieron gravemente sus sentimientos nacionales, impulsando a su Gobierno a desentenderse de los compromisos de Stresa y hacer causa común con la Alemania nazi.

La tensión internacional consiguiente impulsó, por su parte, a Hitler a tomar una decisión que venía madurando desde la firma del pacto de asistencia franco-soviético. El caudillo nazi consideraba, en efecto, que tal pacto hacía ilusorias las garantías concedidas a Alemania por el Tratado de Locarno, y decidió ocupar la zona desmilitarizada de la orilla izquierda del Rin, con objeto de poner a sus fronteras del Oeste a cubierto de cualquier ataque. Tal ocupación se efectuó el 7 de marzo de 1936, pocos días después de haber ratificado las cámaras francesas el mencionado pacto militar con los Soviets.

Francia intentó oponerse con las armas a la iniciativa alemana. Pero se vio, una vez más, desasistida por Inglaterra, que, atenta a las derivaciones del conflicto italo-etíope, había desplazado hacia el Mediterráneo el centro de gravedad de sus fuerzas. Por lo cual, todo se redujo a una nueva condena inefectiva de Alemania por la Sociedad de Naciones.

* * *

Mientras tanto, el *Frente Popular* preconizado por Moscú se había incautado del Poder en Francia y España; desencadenando en nuestra Patria una violenta persecución contra los elementos de orden, que tendía a despejar el camino para la instauración de una república soviética española. Para oponerse a tal designio se inició en 17 de julio de 1936 nuestro glorioso Alzamiento nacional, que no tardó en degenerar en cruenta guerra civil entre los partidarios más o menos declarados del régimen soviético y los esforzados mantenedores de la tradición hispana. En la lucha se inmis-

cuyó desde luego el Gobierno frentepopulista francés presidido por León Blum, enviando a sus correligionarios españoles abundantes auxilios en armas, municiones y personal especializado (21). La misma conducta siguieron muy pronto la Rusia soviética y otros países que, aun titulándose democráticos, simpatizaban con la causa roja en nuestra Patria. Y ante esta descarada intervención, que les ponía en manifiesta inferioridad de condiciones, los dirigentes del bando nacional hubieron de solicitar una ayuda análoga de los países totalitarios; ayuda que nunca alcanzó el volumen de la que obtuvieron sus contrarios, y a cambio de la cual no se hipotecó en modo alguno nuestro porvenir político. Especialmente, la ayuda alemana al bando nacional se redujo a un pequeño pero eficaz cuerpo de aviadores y especialistas, denominado «Legión Cóndor», cuyos efectivos no llegaron a rebasar los 5.000 hombres.

En el curso de nuestra lucha, se esforzó la Unión Soviética en provocar, por toda clase de medios, la guerra entre las potencias democráticas y totalitarias que, como ya hemos dicho, constituía la meta de su actividad diplomática. Estos designios se pusieron bien de manifiesto con ocasión del ataque efectuado el 29 de mayo de 1937 por aviones rojos (22), contra el acorazado alemán «Deutschland» afecto al servicio de control del *Comité de No Intervención*, cuando se hallaba anclado en el puerto de Ibiza; en represalia de lo cual, bombardeó la escuadra alemana la ciudad de Almería. Pero tales intentos fracasaron por entonces, y sólo sirvieron para reforzar los lazos establecidos entre Italia y Alemania desde el conflicto italo-abisinio y formalizados con las visitas de Mussolini a Berlín (septiembre de 1937) y de Hitler a Roma (mayo de 1938), que condujeron a la formación del llamado *Eje Roma-Berlín*; acuerdo que se

(21) Véase la carta del ex ministro socialista D. Fernando de los Ríos al jefe del Gobierno rojo Sr. Giral, fechada en París el 25 de junio de 1936, y reproducida fotográficamente en las láminas XLV a XLVIII de la obra de FRANCESCO BELFORTE: *La guerra civile in Spagna* («Istituto per gli studi di politica internazionale, tomo I, 1938-XVI).

(22) Es de advertir que la aviación roja española se hallaba estrechamente controlada por la Misión militar rusa en nuestra Patria, como se deduce de las declaraciones de Indalecio Prieto: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España* (Texto taquigráfico del informe pronunciado el 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español. París, Imprimerie Nouvelle (Association ouvrière), 53 Quai de la Seine, 1939).

convirtió en triple, en virtud de la adhesión de Italia al *Pacto Anti-komintern*, firmado anteriormente entre Alemania y el Japón.

Por otra parte, la Unión Soviética atravesaba entonces por una grave crisis interna. Alentados al parecer por los servicios secretos nazis, altos personajes del Gobierno y del Ejército rusos conspiraban contra Stalin y se aprestaban a derribarle. El contacto entre los conspiradores y el Gobierno alemán llegó a establecerse a través de la embajada soviética en Praga. Pero el ministro checoslovaco Benes se enteró de lo que se tramaba y lo puso en conocimiento de Stalin, el cual inició una gigantesca «purga», que se prolongó durante más de dos años (desde mediados de 1936 a fines de 1938), en la que fueron eliminados más de cinco mil funcionarios civiles y militares, entre los que se contaron los prohombres bolcheviques Rikov, Bujarin, Rádek, Kaménev y Zinóviev, el Mariscal Tujatchevski y otros muchos generales, jefes y oficiales de las fuerzas armadas soviéticas (23). Contrariamente a lo que se creyó por entonces, las consecuencias de tan severa depuración, lejos de debilitar la potencialidad de la U. R. S. S., la reforzaron a la larga; pues bajo el imperio del terror, la autoridad de Stalin se hizo indiscutible y nadie osó en adelante contrariar sus planes. Rusia se hallaba así dispuesta a soportar sin desmayo las más duras pruebas.

También se produjeron por entonces en Alemania serias disensiones entre los altos mandos militares y la dirección política del Reich. Pretendían aquéllos que Polonia y no Rusia era la verdadera enemiga de Alemania, y que tan sólo una alianza germano-soviética permitiría aplastar a los polacos, por lo que estimaban que la política antibolchevique de Hitler contribuía a debilitar y aislar a su país. También les inquietaba la intervención del Führer en la guerra civil española y los compromisos cada vez más estrechos contraídos con Italia y el Japón. Por último, los vínculos existentes entre algunos generales de la oposición y los grandes magnates de la industria pesada, les impulsaban a criticar las severas restric-

(23) Acerca de todo ello informan cumplidamente las obras de Jacques Chastenet (pp. 139-141) y Fritz Hesse (pp. 66-67), anteriormente citadas, así como la de SALVADOR BORRERO: *Derrota Mundial* (séptima edición, México, 1960, página 62-64), con abundantes referencias a las *Memorias* de WINSTON CHURCHILL, que parece bien enterado del asunto (véase el volumen primero de la edición española. José Janés, editor, Barcelona, 1949, pp. 323-333).

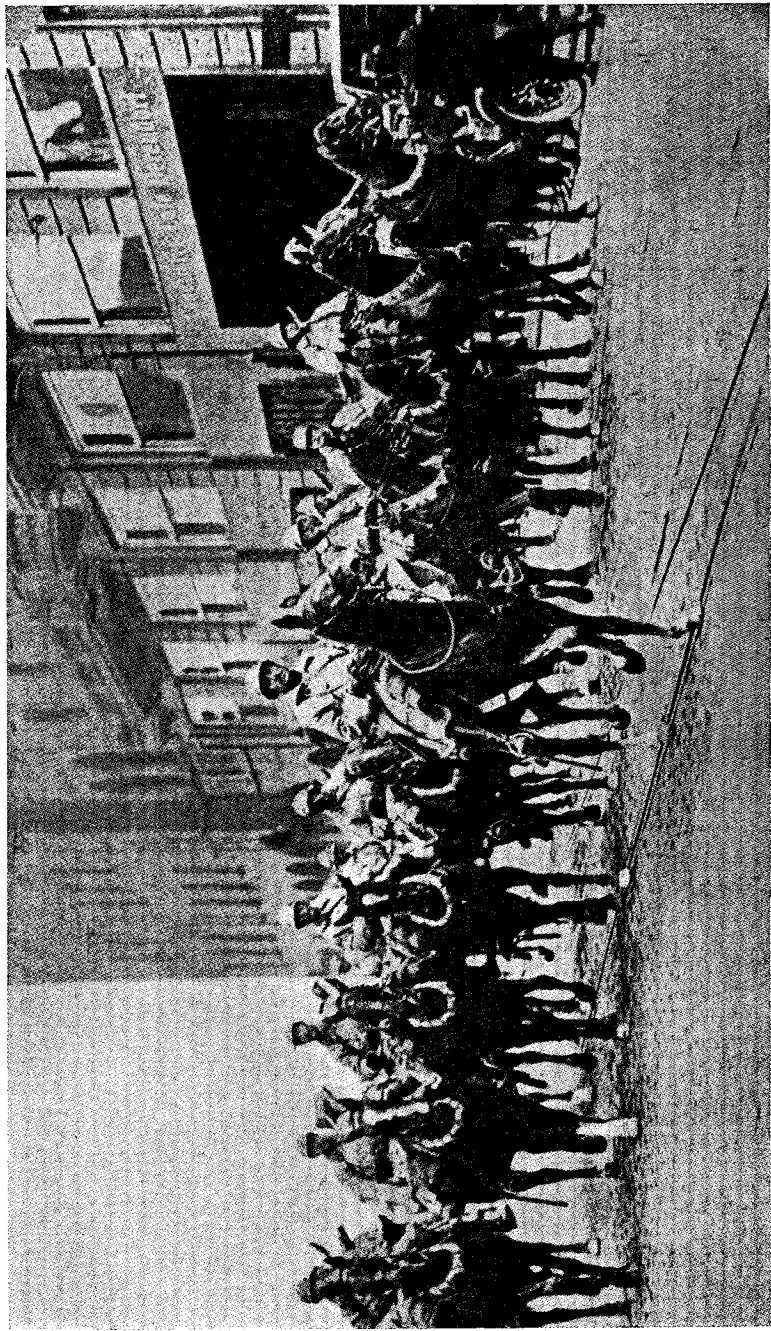
ciones impuestas al auge de sus negocios por la política de autarquía patrocinada por Hitler (24).

La cabeza visible de tal oposición era el General von Fritsch, jefe del Ejército de Tierra, que en nombre de los demás generales que secundaban su actitud, pidió al ministro de la Guerra y Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Mariscal von Blomberg, que se hiciera intérprete de sus aspiraciones cerca del Führer. A lo que von Blomberg se negó, por entender que su misión no era inmiscuirse en la política. Los mencionados generales parecieron acatar de momento esta decisión de su superior. Pero, como al poco tiempo contrajera dicho mariscal matrimonio con una joven funcionaria de su ministerio, los generales en cuestión le obligaron a pedir el retiro, por entender que enlace tan desigual le descalificaba para el desempeño de su elevada jerarquía. Hitler admitió, desde luego, la dimisión de Blomberg, pero ordenó también el retiro de von Fritsch y de los miembros más significados de su grupo; aprovechando la ocasión para efectuar, en 4 de febrero de 1938, un amplio reajuste de los mandos de la *Wehrmacht*. En lo sucesivo, el mando supremo de la misma sería ejercido directamente por el propio Führer, asistido por un Alto Estado Mayor (O. K. W.), presidido por el General Keitel; el mando del Ejército de Tierra fue confiado al General von Brauchitch; el de la *Luftwaffe*, al Mariscal Göring y el de la Marina, al Almirante Raeder (25).

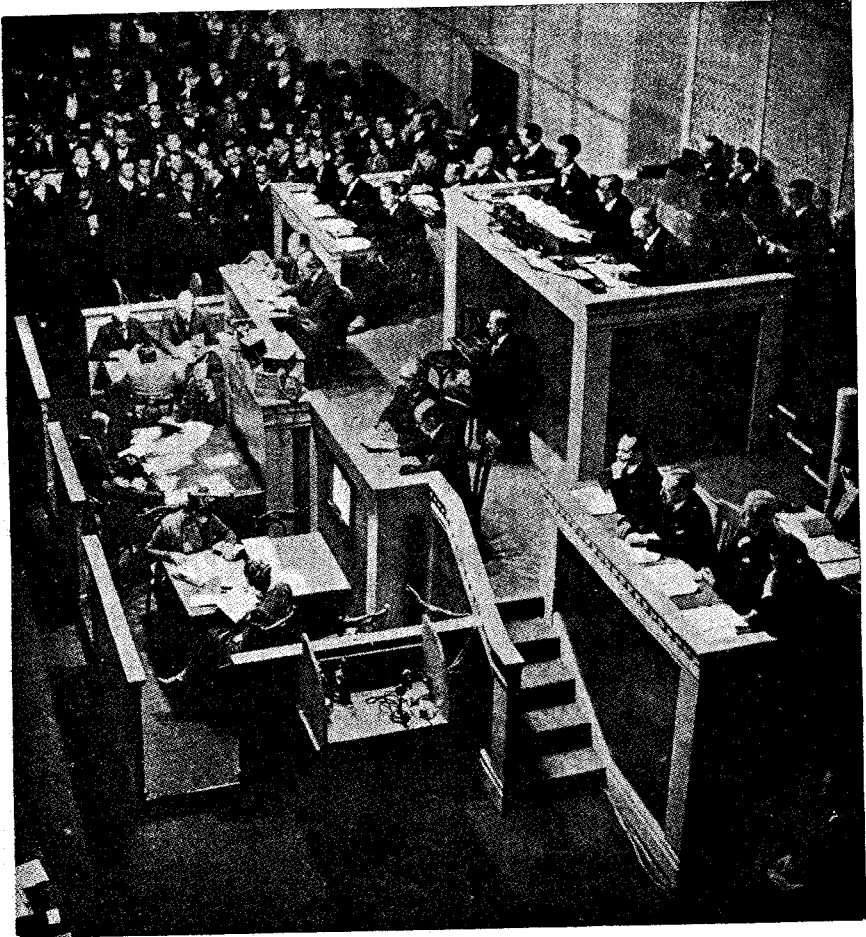
Por esta misma época, los principales objetivos económicos que Hitler se propuso desde su elevación al Poder habían sido plenamente logrados: la absorción total del paro obrero, mediante la ejecución del programa de rearme y de importantes obras públicas y sociales, de carácter remunerador; la rehabilitación del artesana-

(24) Véase Benoist-Mechin (ob. y ed. citadas, p. 694).

(25) En la versión de este lamentable incidente, que envenenó las relaciones entre el Führer y el generalato alemán y tuvo, más adelante, trascendentales repercusiones, nos hemos atenido principalmente a la versión de Benoist-Mechin (obra cit., pp. 693-696), por parecernos la más amplia y detallada. En las obras de GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*, VON MANSTEIN: *Victorias frustradas* y FETER BOR: *El Estado Mayor alemán visto por Halder*, se hace también referencia al asunto, pero no se explican de un modo satisfactorio sus antecedentes. En cambio, nos hablan de una grave acusación de tipo moral que se formuló contra von Fritsch, que se reveló al cabo falsa, siendo sancionado el denunciante con la pena de muerte. El Führer rehabilitó moralmente a von Fritsch, pero no le restableció su cargo.



La ocupación del Ruhr. — Entrada en Essen de los dragones franceses (enero de 1923).



Sesión de apertura de la Conferencia del Desarme (Ginebra, 2 de febrero de 1932).

do y los campesinos, y la estabilización de los precios. La escasez de divisas se suplió con la emisión de billetes y el incremento de la productividad industrial, pues el Führer opinaba que no el oro, sino el trabajo, constituía el fundamenta de la riqueza. De este modo, la industria alemana se encontró en pocos años en condiciones de negociar con otras naciones a base del sistema de trueque, procurándose sin desembolso de divisas las materias primas que necesitaba. Con todo ello, el pueblo alemán alcanzó en los años que precedieron a la guerra un nivel medio de vida bastante elevado (26). Pero la competencia industrial así establecida con los países que traficaban a base de los sistemas tradicionales, contribuyó a intensificar en los medios influyentes de tales países la hostilidad contra el régimen nazi.

Poco después se verificó la anexión de Austria por parte de Alemania, cuyos antecedentes resumimos a continuación. El 12 de noviembre de 1918, recién terminada la Primera Guerra Mundial, la Asamblea nacional austríaca votó una ley por la cual su país pasaría a formar parte de la República alemana; acuerdo que fue ratificado por unanimidad el 4 de febrero de 1919, y acogido favorablemente el día 6 por la Asamblea nacional germánica reunida en Weimar, que declaró que «los alemanes del Reich y de Austria constituían una unidad indivisible, frente a la cual no debían prevalecer las fronteras que hasta entonces les habían separado». Pero, en el Tratado de Versalles, las potencias vencedoras opusieron su veto a tal unión, que no podría efectuarse sin el consentimiento *unánime* del Consejo de la Sociedad de Naciones. Para hacer viable la existencia independiente de un minúsculo Estado austríaco, con una capital desproporcionada a su tamaño, se le concedieron importantes empréstitos, que le permitieron subsistir durante algunos años, no sin graves rozamientos entre el proletariado vienés, dominado por el marxismo, y los elementos agrarios y social-cristianos que prevalecían en el resto del país. Este equilibrio inestable no pudo mantenerse a la larga, debido a la crisis norteamericana de 1929, que obligó a retirar los créditos que subvencionaban el normal desenvolvimiento de la economía austríaca. Se produjeron, en consecuencia, importantes quiebras, con su inevitable secuela de paro obrero y disturbios so-

(26) De este elevado grado de bienestar material se hizo eco por entonces el economista norteamericano Maxime Y. Sweezy, que en su libro *La Economía Nacional-socialista*, dedica calurosos elogios a la obra de Hitler.

ciales. Y en tal ambiente volvió a retoñar la aspiración al *Anschluss* (unión) con Alemania, de que se hizo portavoz el partido nazi austriaco, que alcanzó en pocos años considerable influjo en el país; sobre todo, a partir de la exaltación de Hitler al Poder. Por entonces, se constituyó Mussolini en decidido protector de la independencia austriaca, pues temía que una Alemania unida pudiera entorpecer su política balcánica. A tal fin favoreció el Duce la creación en Austria de un «Frente Patriótico», dirigido primero por Dollfuss (27), y luego, por Schuschnigg, con la misión de combatir, a la vez, al marxismo y a los nazis. Pero, como ya hemos visto, la oposición francobritánica a los planes italianos en Abisinia ocasionó la ruptura del «frente de Stressa» y obligó a Mussolini a estrechar los lazos con Hitler, concediéndole manos libres en los asuntos austriacos. En virtud de tal autorización, expresa o tácita, Hitler celebró en 12 de febrero de 1938 una conferencia con Schuschnigg, en la cual quedó acordada en principio la celebración de un plebiscito preparatorio del *Anschluss*, para garantizar la sinceridad del cual, el jefe nazi austriaco Seyss-Inquart pasaría a formar parte del Gobierno de su país como ministro del Interior. Pero el 9 de marzo, sin conocimiento previo del Presidente federal Miklas, ni de Seyss-Inquart, convocó Schuschnigg el plebiscito para dentro de cuatro días, bajo la fórmula ambigua de «una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida», que no permitía al lector formarse clara idea del sentido y alcance de su voto. La publicación de tal convocatoria produjo gran confusión e inquietud en la opinión austriaca, y con objeto de evitar mayores males, el Presidente Miklas destituyó a Schuschnigg y encargó a Seyss-Inquart de la formación de un nuevo Gobierno, que en 12 de marzo solicitó del Führer la entrada en Austria de tropas alemanas para garantizar el orden. La ocupación de Austria se efectuó, pues, de modo impremeditado. A tal punto, que los cuarteles generales de las fuerzas acorazadas encargadas de la operación se hallaban de viaje de prácticas en la región del Mosela; lo que motivó no pocos retrasos y entorpecimientos. A pesar de todo, la ocupación no tropezó con ninguna resistencia, pues los soldados alemanes fueron re-

(27) El canciller Dollfuss fue asesinado el 26 de julio de 1934 por nazis austriacos; crimen que fue reprobado públicamente por Hitler, cuya política de aproximación a Italia se vio seriamente comprometida por aquel hecho, realizado, según todos los comentaristas imparciales, sin su anuencia ni consentimiento previo.

cibidos con indecible entusiasmo por la población austriaca, y el Ejército de este país se sumó espontáneamente a los invasores (28). El 13 de marzo, Hitler entraba triunfalmente en Viena, y el 15, la anexión de Austria era comunicada oficialmente a las potencias extranjeras, que aceptaron sin grandes protestas el hecho consumado; tanto más cuanto que el pueblo austriaco ratificó el 10 de abril, por abrumadora mayoría (4.273.000 votos a favor y sólo 11.000 en contra), la unión con Alemania.

Pero el horizonte internacional volvió muy pronto a ensombrecerse con motivo de la llamada *cuestión de los Sudetes*. Se denomina así la región montañosa que bordea por el Noroeste la meseta de Bohemia; región que se hallaba entonces habitada por gentes de raza y cultura alemanas, que los Tratados de Paz de Versalles y Saint Germain habían colocado arbitrariamente bajo el dominio del heterogéneo Estado checoslovaco (29). De igual modo que los austriacos, los habitantes de dicha región habían expresado reiteradamente su deseo de incorporarse al gran Reich alemán; deseo que se vio estimulado por el ejemplo de Austria, y que se puso de manifiesto en las elecciones checoslovacas de mayo-junio de 1938, que revistieron caracteres de verdadero plebiscito, ya que el 91 por 100 de los electores de lengua germana otorgaron sus votos al *Partido alemán de los Sudetes*, dirigido por Conrad Henlein, no obstante la presión ejercida por el Gobierno de Praga. Hitler prometió apoyar por la fuerza, si era preciso, las aspiraciones de aquel partido. Checoslovaquia se consideró amenazada y solicitó de Francia y Rusia el auxilio previsto en los pactos de asistencia mutua que tenía concertados con dichas potencias. Inglaterra, por su parte, se había comprometido a secundar a Francia en el caso de que se viera arrastrada a una guerra con Alemania. Y, de este modo, en el curso de aquel verano, parecía avecinarse el estallido de un gran conflicto bélico, que las organizaciones internacionales antifascistas se esforzaban en hacer inevitable.

(28) Sobre todo ello, véase GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*. (Ed. española Luis de Caralt, Barcelona, 1953, pp. 29-32).

(29) De tal Estado pasaron a formar parte 7 millones de checos, 3 millones de alemanes, 2 millones de eslovacos, 700.000 húngaros, 400.000 rutenos o ucranianos subcarpáticos y 350.000 judíos. Los checos se habían comprometido a respetar la autonomía de estas importantes minorías nacionales; pero luego no cumplieron sus promesas y establecieron un gobierno de tipo centralista, administrado exclusivamente por ellos.

En tales circunstancias, el General Beck, jefe de Estado Mayor del mando supremo del Ejército alemán (O. K. H.), se creyó en el caso de presentar a Hitler una memoria advirtiéndole de que las fuerzas de su mando no se encontraban en condiciones de afrontar una guerra de dos frentes y exhortándole, por tanto, a moderar su política. Con lo cual, no cabe duda de que se excedía de sus atribuciones, por lo que el Führer le separó del cargo, sustituyéndole por Halder —tan opositorista como aquél, pero más solapado—, quien se puso en relación secreta con Sir Robert Vansittart y otros significados miembros del partido belicista inglés, para que se opusiesen terminantemente a las pretensiones de Hitler, al que en unión de otros generales se proponía detener en el caso de que persistiese en su actitud agresiva (30).

Pero los generales opositoristas alemanes se equivocaban rotundamente en sus apreciaciones de entonces, pues Francia e Inglaterra se hallan todavía menos preparadas que Alemania para un conflicto bélico, y la mayoría de la población de tales países se inclinaba a una solución pacífica de la cuestión de los Sudetes. Por otra parte, Lord Runciman, a quien el *premier* inglés Sir Neville Chamberlain envió a Praga como mediador, emitió un informe en que se demostraba lo bien fundado de las reclamaciones alemanas y proponía la inmediata incorporación al Reich de las comarcas de Checoslovaquia con más del 50 por 100 de población germánica. En vista de ello, Chamberlain se decidió a tratar directamente con Hitler, y, a tal fin, celebró con él sucesivas entrevistas en Berchtesgaden y Godesberg (14 y 23 de septiembre) para tratar de los detalles de la cesión a Alemania de aquellos territorios. Todavía hubo que vencer algunas dificultades, pues el Gobierno checoslovaco oponía obstáculos y dilaciones a tan duro sacrificio, y el Führer, consciente de sus derechos, se mostraba impaciente en demasía. Pero la oportuna mediación de Mussolini mitigó tales impacencias, y la cuestión quedó zanjada satisfactoriamente en Munich, durante la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938, merced a un acuerdo suscrito por Hitler, el Duce, Chamberlain y Daladier, en virtud del cual, las regiones checoslovacas en litigio serían entregadas a Alemania por etapas sucesivas. Aparte de ello, el Führer y el *premier* inglés

(30) El mismo Halder nos informa de esta gestión irregular, y hasta se jacta de ella en la obra de FETER BOR: *El Estado Mayor alemán visto por Halder*. (Edición española Espasa-Calpe, Argentina, S. A., Buenos Aires, 1955, pp. 98-99).

se comprometieron a recurrir a negociaciones directas en todas las cuestiones de importancia que pudieran suscitarse en el futuro, lo que parecía constituir el punto de partida de un acercamiento anglo-germano (31).

* * *

Parecía lógico que la política de amistosa colaboración entre las cuatro grandes potencias occidentales, iniciada con el acuerdo de Munich, se hubiera proseguido y completado en los meses subsiguientes, examinando con el mismo espíritu de concordia las demás reivindicaciones de Alemania. Pues no tenía sentido transigir en las cuestiones de mayor importancia, como eran el rearme alemán, la remilitarización de la zona renana, la incorporación de Austria y la desmembración de Checoslovaquia, y resistirse, en cambio, a un acuerdo razonable sobre los problemas relativamente secundarios que aún quedaban por solventar. Así lo entendieron, al parecer, los firmantes del susodicho acuerdo; iniciándose poco tiempo después conversaciones franco-alemanas y anglo-italianas, que tendían al arreglo de tales problemas pendientes.

La negociaciones franco-alemanas quedaron ultimadas en 6 de diciembre de 1938, mediante una declaración conjunta firmada en París por el ministro francés Georges Bonnet y el alemán Joaquín von Ribbentrop, en virtud de la cual ambos países reconocían como definitivas sus fronteras de entonces y se comprometían a consultarse mutuamente sobre las cuestiones internacionales que pudieran afectarles. Y en el mismo ambiente de cordialidad y transigencia se desarrollaron las conversaciones celebradas en Roma, a mediados de enero de 1939, entre Chamberlain y Mussolini.

Desgraciadamente, los elementos internacionales que conspiraban contra la paz mundial no cejaban en sus siniestros propósitos, y en los días que siguieron inmediatamente al acuerdo de Munich se vieron secundados eficazmente por un grupo de políticos y financieros ingleses, entre los que destacaban Churchill, Eden, Duff Cooper, Vansittart y Hore Belisha, que reprobaban la política pa-

(31) Acerca de todo ello, informan cumplidamente el trabajo de HENRI LEBRE: *Munich et les origines de la guerre* (incluido en el volumen: *Le origines secrètes de la guerre 1939-1945*, anteriormente citado) y la obra también mencionada de Fritz Hesse (ed. española citada, cap. III, pp. 112-150), la cual ofrece especial interés, porque el autor —por entonces agregado de Prensa a la Embajada alemana en Londres—, intervino decisivamente en la conclusión del acuerdo.

cifista de Chamberlain y calificaban el citado acuerdo de «capitulación vergonzosa para el imperio británico».

Por otra parte, el 7 de noviembre de 1938, mientras se efectuaban en París las negociaciones preliminares para el entendimiento franco-alemán, a que antes nos hemos referido, se produjo en dicha capital un crimen destinado a tener funestas repercusiones en el curso de los acontecimientos ulteriores. Nos referimos al atentado cometido por el joven israelita de origen polaco Herschell Feibel Grynszpan contra el secretario de la embajada alemana von Rath, quien falleció de resultas de las heridas recibidas; declarando el agresor haber querido «vengar a sus correligionarios y, en particular, a los judíos polacos expulsados de Alemania».

Este crimen —visiblemente inspirado por las organizaciones internacionales que se esforzaban en provocar la guerra entre las potencias democráticas y totalitarias—, consiguió plenamente los resultados propuestos; pues desató las pasiones en unos y otros países y encendió entre ellos una ciega animosidad, que sobreponiéndose a los dictados de la prudencia y el buen sentido, había de conducir en breve plazo a la formidable conflagración cuyas desastrosas consecuencias tenemos aún que lamentar.

En efecto, al conocerse en Alemania el asesinato de von Rath y los móviles confesados por su autor, se recrudeció en dicho país la persecución antisemita que se había mitigado bastante en los últimos años. Especialmente, durante la noche del 8 al 9 de noviembre («noche del cristal»), se organizaron en las principales ciudades alemanas violentas manifestaciones contra los establecimientos judíos, cuyos escaparates fueron apedreados y sus géneros saqueados e incendiados; resultando también profanadas y destruidas algunas sinagogas, aunque no se registraron, sin embargo, muertos ni heridos entre la población israelita. Tales manifestaciones cesaron el día 11 por orden del Gobierno nazi, que en represalia por el atentado de Grynszpan impuso a la comunidad hebrea una multa colectiva de mil millones de marcos.

Indudablemente, estas represalias fueron tan injustas como excesivas y sólo sirvieron —como seguramente se pretendía— para que las organizaciones internacionales antifascistas lograran atraerse a la opinión hasta entonces neutral de los países democráticos, impresionada por las noticias exageradas y tendenciosas propaladas por aquellas organizaciones.

De este modo, del 13 al 14 de noviembre tuvieron lugar en Lon-

dres y Nueva York gigantescas manifestaciones de protesta contra la «barbarie nazi». El propio Chamberlain amenazó por aquellos días, en la Cámara de los Comunes, al Gobierno del Reich, con hacerle sentir su descontento por las medidas antisemitas que acababa de dictar. Y un miembro de su gabinete, Lord De la Warr, declaraba poco después en Bradford, que «con la Alemania nazi, sólo las armas podían dialogar eficazmente».

Sin embargo, el Gobierno alemán se mostraba propicio a dejar partir de su territorio a los judíos que así lo desearan, llevándose incluso parte de sus bienes, con tal que los gastos de transporte no corrieran por su cuenta. A tal fin, se entablaron por entonces negociaciones entre el Comité Internacional para la Emigración Judía, presidido por Mr. Rublee, y el ministro de Economía del Reich, Dr. Schacht. Se había previsto la suscripción de un empréstito de 500 millones de libras, garantizado por el Gobierno de Berlín, a cambio de un contingente suplementario de exportación en ciertos países. Pero a ello se opuso la Gran Bretaña; negándose también a admitir en su suelo nuevos refugiados israelitas. Y análoga postura adoptaron los Estados Unidos y otras naciones, cuya solicitud por los judíos oprimidos por Hitler no llegaba hasta el sacrificio de sus intereses políticos o económicos (32).

A consecuencia de todo ello, en los primeros meses de 1939 se fueron desvaneciendo las esperanzas suscitadas por el acuerdo de Munich y las posteriores conversaciones de París y Roma de que se estableciese una concordia duradera entre las cuatro grandes potencias europeas de Occidente. En lugar de una política de mutua tolerancia y convivencia entre el bloque democrático y el totalitario, los portadores más autorizados de la opinión inglesa y francesa propugnaban el rearme de sus respectivos pueblos contra el peligro nazi. Y cediendo a los clamores de esta propaganda belicista, los Gobiernos de Londres y París empezaron a prepararse febrilmente para una guerra que algunos de sus miembros se obstinaban en considerar ineludible.

Durante el mes de marzo, la tensión internacional se incrementó aún más con motivo de la nueva crisis que surgió en Checos-

(32) Sobre esta importante cuestión, merece consultarse el bien documentado trabajo de RENÉ D'ARGILE: *L'Affaire Herschell Feibel Grynspan ou le tournant décisif vers la guerre* (incluido en el volumen *Les origines secrètes de la guerre 1939-1945*, repetidamente citado, pp. 217-277).

lovaquia. Después del acuerdo de Munich, dicho país había pasado a constituir una federación integrada por las tres nacionalidades subsistentes: checa, eslovaca y ucraniana subcarpática. Pero la discordia entre tales nacionalidades, sofrenada mientras el poder central checo se mantuvo fuerte, se manifestó de un modo explosivo cuando éste se debilitó. El 10 de marzo, con el pretexto de que el gobierno autónomo eslovaco se excedía de sus facultades, las autoridades centrales checas ocuparon militarmente Bratislava y ordenaron la detención de los miembros de dicho Gobierno. El jefe del mismo, Monseñor Tiso, se refugió en Alemania y solicitó la ayuda del Führer para su pueblo. El Presidente checo Hacha se trasladó también a Berlín para solventar el conflicto, y de sus conversaciones con Hitler se dedujo un documento firmado por ambos el 15 de marzo, declarando que «el territorio de Bohemia y Moravia se colocaba bajo la protección del Reich». Aquel mismo día entraban en Praga las tropas alemanas; mientras Eslovaquia se declaraba independiente y Hungría se anexionaba la Ucrania subcarpática. El Estado checoslovaco había dejado de existir (véase croquis núm. 3).

En realidad, tan heterogéneo conglomerado se hallaba en vías de inminente disgregación, y la intervención del Führer no hizo más que precipitarla, eliminando a tiempo un peligroso foco de perturbación europea. Pero sus explicaciones no fueron consideradas satisfactorias por los Gobiernos de Francia e Inglaterra. En particular, *míster Chamberlain* acusó formalmente a Hitler de haber violado el acuerdo de Munich, y declaró que jamás volvería a confiar en sus promesas.

A partir de entonces, el *premier* inglés decidió mantenerse inflexible frente a las pretensiones de Alemania. Si bien confiaba en salvaguardar la paz intimidando a los gobernantes nazis con una política de rearme y de cerco diplomático. Pero con ello impulsó a Hitler a precipitar los acontecimientos, para conseguir sus objetivos antes que tales amenazas pudieran llevarse a efecto (33).

De este modo, en la primavera de 1939, mientras las potencias democráticas se esforzaban en completar el cerco de las totalitarias, éstas se apresuraban a ocupar ciertos territorios de importancia

(33) F. H. HINSLEY, en su famosa obra *La estrategia de Hitler* (ed. española citada, pp. 50-61), justifica esta decisión del Führer, al comprender que «el tiempo no actuaba ya en su favor».

vital para su defensa inmediata. Como sucedió con el territorio de Memel, ocupado el 22 de marzo por los alemanes, previo el asentimiento del Gobierno lituano, y con el de Albania, anexionado por Italia el 12 de abril, tras el derrocamiento del rey Zogú, que se había mostrado indócil a la influencia italiana. Por otra parte, el 22 de mayo se firmaba entre ambas potencias totalitarias, el llamado «Pacto de Acero», que transformaba el Eje Roma-Berlín en franca alianza militar.

Tanto el Führer como el Duce preferían, sin embargo, llegar a un arreglo pacífico de las cuestiones pendientes, pues no ignoraban los grandes recursos potenciales de que disponían sus presuntos adversarios, y deseaban evitar con ellos un choque armado, sin renunciar, claro está, a las reivindicaciones que juzgaban de interés vital para sus respectivos países.

En virtud de tales premisas, Hitler propuso formalmente a Polonia, en 21 de marzo (34), un acuerdo razonable sobre los problemas de Danzig y el «Corredor», únicas reclamaciones importantes que Alemania tenía aún que formular en Europa.

Estos problemas venían perturbando desde hacía tiempo las relaciones entre ambos países fronterizos. Verdad es que Danzig y el «Corredor» habían sido dominados por Polonia en su época de apogeo (de mediados del siglo xv a mediados del xvii), pero no es menos cierto que la población de aquella ciudad y su contorno era alemana en un 95 por 100 y deseaba permanecer unida a Prusia, a la que había sido incorporada definitivamente en 1793; como lo demostraron cumplidamente los plebiscitos allí celebrados después de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la ciudad de Danzig y sus alrededores quedaron internacionalizados por decisión de la Sociedad de Naciones, y al NO. de aquélla se le otorgó a Polonia el puerto de Gdynia (Gdingen), para comunicar con el cual se creó el llamado «corredor polaco», faja de unos ochenta kilómetros de anchura media que separaba la Prusia oriental del resto de Alemania (véanse croquis números 1 y 3); separación que era considerada por el pueblo germano como un agra-

(34) Con anterioridad a esta fecha, tanto Hitler como Ribbentrop, habían tratado confidencialmente de estas cuestiones con el Coronel Beck, ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, el cual había contestado hasta entonces con evasivas.

vio intolerable, que no se hallaba dispuesto a tolerar por tiempo indefinido.

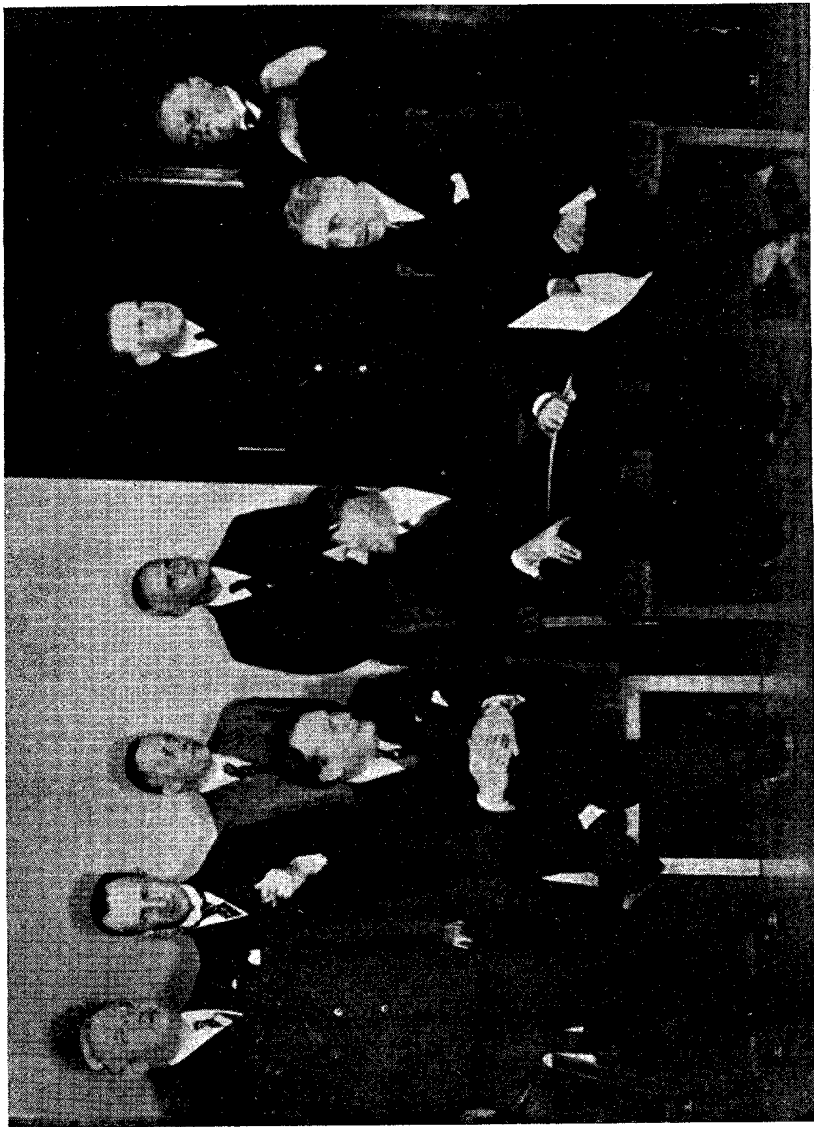
No obstante, Hitler procuró aplacar tales rencores desde su advenimiento al Poder, pues confiaba en que las diferencias entre ambos pueblos llegarían a solventarse por vía pacífica, ante la conveniencia de unirse contra el enemigo común, que era, a su juicio, la Unión Soviética. El Führer deseaba asociar a Polonia a su empresa antibolchevique y se avenía a hacerla partícipe del presunto botín, a cambio de pequeñas concesiones en los asuntos de Danzig y el «Corredor» (35). Con tal objeto había concertado aquél con el Mariscal Pilsudski el pacto de amistad de que ya hemos hablado. Pero este pacto no dio los resultados que Hitler apetecía, porque los gobernantes polacos siguieron manifestándose tenazmente refractarios a satisfacer en lo más mínimo las pretensiones alemanas.

En realidad, la propuesta formulada por el Führer a Polonia en 21 de marzo de 1939 no podía ser más moderada. Se reducía en sustancia a la entrega del territorio de Danzig, de acuerdo con la voluntad manifiesta de la gran mayoría de su población, y a la concesión de un paso de un kilómetro de anchura a través del «Corredor» para comunicar la Prusia oriental con el resto de Alemania. A cambio de ello, el pacto de no agresión con Polonia sería prorrogado por veinticinco años; se le reconocerían a dicha nación los derechos económicos de que hasta entonces disfrutaba en el puerto de Danzig, así como la libre disposición del de Gdynia, y se aceptarían como definitivas las demás fronteras existentes entre los dos países.

El gobierno polaco rechazó, sin embargo, tan razonable propuesta, negándose a tomarla siquiera como base de discusión. Actitud de intransigencia fomentada por los Gobiernos de Londres y París, que habían prometido a Polonia su apoyo incondicional frente a todo intento de agresión alemana.

Tales promesas —adelantadas ya por vía oficiosa—, tomaron estado oficial el 31 de marzo al declarar Chamberlain en la Cámara de los Comunes que su Gobierno ayudaría a Polonia por todos los medios a su alcance en el caso de que una agresión pusiera en pe-

(35) Véanse los interesantes fragmentos del *Diario* del Conde Juan Szembek, subsecretario de Asuntos Exteriores de Polonia en 1938 y 1939, citados por Henri Lebre, en su trabajo: *Munich et les origines de la Guerre (Les Origines secrètes de la guerre 1939-1945)*, pp. 59-60).



La subida de Hitler al Poder.—El Führer reunido con los ministros de su primer gobierno; entre los que figuran: Göring, von Papen, Hugenberg y el Conde Schwerin von Krosygg.



La Conferencia de Munich. —Llegada de Sir Neville Chamberlain al aeropuerto de la capital bávara (28 de septiembre de 1938).

ligro su independencia. A primeros de abril, el Coronel Beck, ministro polaco de Asuntos Exteriores, se trasladó a Londres para formalizar el pacto de asistencia militar con Inglaterra. Y el 13 del mismo mes, Daladier manifestaba, por su parte, que la alianza francopolaca firmada en 1921 continuaba en todo su vigor.

Con estas declaraciones, se pretendía, por lo pronto, intimidar a Alemania y obligarla a renunciar a sus pretensiones. Pero —como ya hemos adelantado—, Hitler no podía ya retroceder sin grave mengua de su prestigio, y en vista del progresivo rearme de las potencias democráticas, se sintió obligado a actuar sobre Polonia antes de que se consumase el cerco que le amenazaba. A este fin, el Führer denunció el 28 de abril el pacto de no agresión con aquel país y el acuerdo naval anglo-germano, por haberse alterado con la reciente alianza anglopolaca la situación en que tales compromisos fueron concertados. Al mismo tiempo, ordenó a su Estado Mayor la preparación de un plan de ataque contra Polonia, que debía tender a la consecución de un éxito rápido. Pero dicho ataque —previsto para primeros de septiembre— no se verificaría sin haber agotado antes todas las posibilidades de negociación, y en caso de que la situación diplomática resultara favorable, pues se debía procurar por todos los medios posibles aislar a Polonia y localizar la guerra (36).

Francia e Inglaterra iniciaron seguidamente negociaciones para un pacto militar con la Unión Soviética, completando así el cerco diplomático de Alemania que intentaban establecer. Pero tales negociaciones no condujeron a ningún resultado positivo, a causa de las desmesuradas exigencias formuladas por los gobernantes soviéticos y de la rotunda oposición de Polonia a permitir la entrada de fuerzas rusas en su territorio, ni aun para auxiliarla en caso de conflicto.

Mientras tanto, el Gobierno soviético sugería confidencialmente al de Alemania la conveniencia de entablar negociaciones para un acuerdo comercial, procurando establecer al mismo tiempo «bases políticas más favorables» para las relaciones entre los dos países. En su deseo de eludir el cerco diplomático que le amenazaba, Hitler

(36) Véase F. H. HINSLEY: ob. cit., 34-35, donde se hace referencia a los documentos de Nürenberg; así como las citas del libro de MARCEL BEAUMONT: *La faillite de la paix*, incluidas en el trabajo de HENRI LEBRE: *Munich et les origines de la Guerre*, tantas veces mencionado (pp. 71-72).

no dudó en acoger favorablemente tales proposiciones. Y, de este modo, en el curso de aquel verano, se fueron perfilando dentro del mismo ambiente de sigilo, las grandes líneas de un pacto ruso-germano de amistad y no agresión, que, con gran sorpresa de la opinión mundial, fue firmado solemnemente en Moscú por Molotov y von Ribbentrop el 23 de agosto de 1939.

En virtud de dicho pacto, ambas naciones pasaban aparentemente por alto sus divergencias ideológicas y se comprometían a mantener en lo sucesivo relaciones amistosas y de intercambio económico; consultándose mutuamente sobre las cuestiones europeas que pudieran interesarles, sin recurrir entre sí al uso de la fuerza. Existían, además, cláusulas secretas, en las que la Unión Soviética reconocía los derechos de Alemania sobre Danzig y el «Corredor», a cambio de que no se opusiese a las reivindicaciones rusas en los países bálticos, en la parte oriental de Polonia y en la Besarabia.

Como los hechos posteriores han demostrado cumplidamente, aquel pacto de amistad entre los representantes de ideologías tan opuestas no podía ser sincero y obedecía por ambas partes a razones de mero oportunismo. Mediante él esperaba Hitler resolver satisfactoriamente su conflicto con Polonia; pues no creía que Inglaterra y Francia mantuvieran sus promesas de ayudar a dicho país, a sabiendas de que no podrían cumplirlas (38). Y Stalin pretendía, por su parte, desviar hacia las potencias occidentales la amenaza hitleriana, provocando una guerra general que había de favorecer en definitiva el éxito de sus planes revolucionarios. El dictador rojo se proponía, además, mantener a su patria alejada de la lucha durante el mayor tiempo posible; reforzando, mientras tanto, su potencialidad bélica y ensanchando sus fronteras, sin el menor riesgo, a costa de sus inermes vecinos, hasta que la debilitación de los dos bandos beligerantes la permitiera intervenir como árbitro de la contienda (39).

Indudablemente, Stalin se mostró entonces más sagaz y previsor que el Führer; pues éste no tardó en convencerse de lo errado de

(38) Véanse F. H. HINSLEY: ob. cit., pp. 55-56, y FRITZ HESSE: ob. cit., (página 204).

(39) Véanse las declaraciones de Stalin del 20 de mayo de 1938, ante el pleno de la *Komintern*, y del 19 de agosto de 1939, ante el *Politburó*, reproducidas por Mauricio Carlavilla en su nota final a la primera edición española de la obra del General Ktivitsky: *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, (sucesor de Hipólito de Pablo, Guadalajara, 1945, pp. 318-319).

sus cálculos. En efecto, el día 25, cuando Hitler dio, por primera vez, la orden de iniciar las operaciones contra Polonia en la madrugada siguiente, se vio sorprendido por la noticia de que Inglaterra confirmaba solemnemente sus promesas de ayuda militar a dicho país, declarando que se consideraría en guerra con el Reich en cuanto el primer soldado germano cruzase la frontera polaca. Y, por si fuera poco, el Duce se excusaba de secundar la acción alemana, so pretexto de no haber sido consultado previamente. Bajo la impresión de tan desagradables nuevas, el Führer dio contraorden a sus tropas y se decidió a buscar salida airosa al conflicto por la vía diplomática (40).

A tal fin, del 26 al 29 de agosto, se efectuaron nuevas negociaciones entre Alemania e Inglaterra, en las que intervino a título de agente oficioso el ingeniero sueco Dahlerus, amigo de Göring. Como resultado de estas gestiones, Chamberlain sugirió a Hitler que se entendiese directamente con Polonia. El Führer aceptó el día 29 tal sugestión y preparó unas proposiciones muy moderadas que serían entregadas a un plenipotenciario polaco, cuya llegada se esperaría en Berlín hasta la medianoche del día 30. Pero el gobierno inglés —ya fuera por mala voluntad o por excesiva corrección— se abstuvo de influir sobre el gobierno polaco (41), y éste, sintiéndose respaldado por aquél en su actitud intransigente, se negó a enviar a Berlín ningún plenipotenciario; decretando, a guisa de respuesta, la movilización general. Unicamente el embajador británico en Alemania, Mr. Henderson, se presentó aquel día en el despacho de Ribbentrop, para enterarse de las proposiciones alemanas, que le fueron leídas y que se reducían por lo pronto a la entrega de Danzig; aplazándose para dentro de un año la cuestión del «Corredor», cuya suerte sería decidida en un plebiscito, organizado y vigilado por una comisión internacional. Si el plebiscito resultaba favorable a Polonia, ésta concedería a Alemania un paso para comunicar con la Prusia oriental; y en caso contrario, sería Alemania la que otorgara a los polacos un paso análogo hasta su puerto de Gdynia. Por último y para evitar nuevos rozamientos entre ambos países, se efectuaría un canje de sus respectivas minorías nacionales.

(40) Véanse FRITZ HESSE: ob. cit., pp. 208 (nota 1), 210 y 211, y VON MANSTEIN: *Victorias frustradas* (edición española Luis de Caralt, Barcelona, 1956, pp. 15-16).

(41) Conviene recordar que, un año antes, los gobiernos francés y británico no habían dudado en presionar fuertemente al de Checoslovaquia para que aceptara sacrificios mucho mayores de los que ahora se pedían a Polonia.

Transcurrió, sin embargo, todo el día 30 sin que se presentara el esperado plenipotenciario polaco. No por ello se dejaron de realizar durante la mañana del 31 toda clase de generosos intentos para evitar el conflicto. Mussolini propuso la reunión de una conferencia semejante a la de Munich, entre los gobiernos francés, inglés, alemán e italiano, para estudiar las bases de un arreglo. También el papa Pío XII encargó a sus nuncio en Varsovia que aconsejase al gobierno polaco desistir de su actitud irreductible para evitar una guerra desastrosa para su país y para el mundo. Pero el Coronel Beck se limitó a ordenar a su embajador en Berlín que visitase a Ribbentrop para hacerle saber que su gobierno examinaría en sentido favorable «las sugerencias británicas», pero que no estaba autorizado para discutir las proposiciones alemanas (42).

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron, desbordando las intenciones pacíficas de las personalidades responsables. Parece ser que el día 25, cuando se dio por primera vez la orden de atacar a Polonia, las organizaciones nazis habían transmitido por radio a sus afiliados alemanes en aquel país la consigna de cooperar al avance de sus tropas. Por un imperdonable descuido, no se les dio posteriormente contraorden, y tales elementos se habían lanzado a la acción el día 26, provocando las naturales contramedidas de los polacos, que en su furor antigermano se excedieron en la represión. Según escrupulosas comprobaciones hechas por la Jefatura de Seguridad del Reich, después de la ocupación de Polonia y que fueron testificadas por representantes de las agencias informativas internacionales —entre ellos, el de la *United Press*—, 4.850 hombres, mujeres y niños alemanes fueron muertos por los polacos con ocasión de aquellos sucesos. Estas cifras reales —exageradas después por los servicios nazis de información—, fueron comunicadas al Führer en aquel día, impulsándole a dar la orden definitiva de avance en Polonia, que se inició en las primeras horas de la jornada siguiente, 1. de septiembre (43).

Mientras tanto, la propuesta de mediación de Mussolini había sido aceptada por Alemania y Francia, insistiendo tan sólo esta última nación en que Polonia fuera admitida también a la proyectada conferencia. Pero Inglaterra— que se había retrasado en contestar—, al

(42) Véanse las interesantes citas del *Diario* del Conde Szembek, incluidas en el trabajo ya mencionado de Henri Lebre (pp. 87-88).

(43) Véase FRITZ HESSE: ob. cit., p. 217.

enterarse de la entrada de tropas alemanas en territorio polaco, exigió la retirada previa de tales tropas a sus bases de partida, antes de consentir en ninguna negociación; condición difícil de cumplir en el momento en que se estaban librando encarnizados combates, en los que el bando germano había obtenido ya sustanciales ventajas. Sin embargo, el 2 de septiembre, a las siete de la tarde, el agregado de prensa a la embajada alemana en Londres, Dr. Fritz Hesse, recibió el encargo personal de Hitler de hacer saber al consejero diplomático de Chamberlain, Sir Horace Wilson —con el cual mantenía dicho agregado amistosas relaciones—, que el Führer se hallaba dispuesto a retirar sus fuerzas de Polonia y a pagar reparaciones por los daños causados a dicho país, con tal que Inglaterra se ofreciera a actuar de mediadora en la cuestión de Danzig. Durante la entrevista, Sir Horace Wilson llegó a proponer que Hitler se excusase públicamente de su conducta ante la opinión mundial. Condición que resultaba, desde luego, inaceptable, pero que no llegó siquiera a ser puesta en discusión; porque, entre tanto, Sir Horace recibió un telegrama en el que se le anunciaba que Francia —que se resistía a ir a la guerra, en el caso de tener que atender, a la vez, a los dos frentes alemán e italiano— había desechado sus preocupaciones, ante la seguridad dada por Mussolini de que su patria permanecería neutral en el conflicto. En tales circunstancias, Inglaterra se hallaba decidida a no retroceder en sus propósitos bélicos y se consideraría en guerra con Alemania, si esta nación no retiraba sus fuerzas del territorio polaco antes de las doce de aquella noche (44).

No habiéndose cumplido, pues, tal condición —irrealizable a todas luces en plazo tan perentorio—, *Inglaterra declaró la guerra a Alemania a las once de la mañana del día 3 de septiembre de 1939*, y Francia siguió su ejemplo, con visible desgana, a las diecisiete horas del mismo día.

Así comenzó la Segunda Guerra Mundial, que había de durar cinco años y nueve meses, dejando a Europa arruinada y debilitada frente a la amenaza soviética que sobre ella se cierne hoy, a la vez, desde el Este y desde el Sur.

* * *

(44) Sobre todo esto, nos atenemos a la versión del propio Fritz Hesse (ob. cit., pp. 219-226), que consideramos fidedigna en lo esencial, dados los valiosos testimonios que aduce, y haberse publicado ya en versión inglesa, mereciendo la calificación de veraz y concienzuda por parte de la crítica angloamericana.

De la exposición desapasionada de los hechos que acabamos de esbozar, se desprende claramente, a nuestro juicio, que, si bien Hitler meditaba y preparaba desde hacía tiempo una guerra de agresión contra la Unión Soviética, y si, a última hora, se decidió a ventilar por la armas su pleito con Polonia, no puede hacérsele responsable de la iniciación y posterior extensión de un conflicto general, que venía a perturbar sus planes anteriores y que rebasaba, en definitiva, la capacidad bélica de Alemania, según lo había reconocido él mismo en su libro *Mi lucha* (45).

Puede alegarse, sin embargo, que con su audaz política de decisiones unilaterales, contribuyó en cierto modo a provocar dicho conflicto. Pero debe tenerse en cuenta que el Führer se vio obligado a seguir tal política, ante la tenaz negativa de las potencias aliadas —y, especialmente de Francia— a consentir la menor atenuación de aquellas cláusulas del tratado de Versalles, cuya manifiesta injusticia había sido reconocida por significadas personalidades de dicho bando (Nitti, Maynard Keynes, Lord Buckmaster, Sir John Simon, Lloyd George), y que el pueblo alemán no se hallaba dispuesto a soportar por tiempo indefinido. Hitler fue elevado precisamente al poder con el encargo expreso de liberar a su patria de tan pesada carga; y durante más de dos años se esforzó en llegar a un acuerdo equitativo con las potencias occidentales en materia de armamento. Pero ya hemos visto cómo tales negociaciones quedaron definitivamente rotas por iniciativa de Francia. Y en vista de ello, adoptó el Führer su primera resolución unilateral: el restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania. Francia concertó entonces un pacto de asistencia mutua con la Unión Soviética, en virtud de la cual, si ésta era atacada por Alemania, los franceses podían invadir fácilmente este país hasta la línea del Weser, a causa de la zona desmilitarizada del Rin, que se extendía hasta cincuenta kilómetros al oriente de dicho río (véase croquis número 3). Hitler advirtió que si tal pacto era ratificado por las cámaras francesas, se vería obligado a garantizar la seguridad de las regiones occidentales de su patria, ocupando aquella zona desmilitarizada, como en efecto lo hizo a los pocos días de haberse efectuado aquella ratificación. Las potencias occidentales (Francia e In-

(45) «Si Alemania quiere poner fin al peligro de exterminio que le amenaza en Europa, deberá tener cuidado de no reincidir en los errores de la anteguerra, haciéndose enemiga del mundo entero». (Ed. española citada, cap. XIII, p. 334).

Inglaterra) poseían todavía entonces un margen de superioridad militar que les permitía haberse opuesto por la fuerza a aquella nueva decisión unilateral de Alemania, sin provocar un largo y sangriento conflicto mundial. Hitler había previsto aquella eventualidad, y por eso la ocupación militar de Renania se había concebido en principio como un «acto simbólico», encomendado a un pequeño cuerpo de 35.000 hombres, que tenía la orden de retroceder en caso de invasión aliada, sin arriesgar un choque con los invasores, con el fin de dar lugar a negociaciones pacíficas para un nuevo tratado de Locarno (46). Pero las citadas potencias no se decidieron a intervenir ni aceptaron tampoco las amistosas propuestas del Führer. Con lo que vinieron a sancionar y, en cierto modo, a justificar la política unilateral de éste, al no dejarle otro camino abierto para satisfacer las que él estimaba legítimas reivindicaciones de su patria. En la misma línea se sitúa la anexión de Austria, que respondía —como ya hemos visto— al deseo casi unánime de los habitantes de este país, reiteradamente manifestado por vía plebiscitaria, y que se hubiera efectuado de manera espontánea, si Schuschnigg no se hubiera vuelto atrás de los compromisos contraídos. De todos modos, el acontecimiento se desarrolló pacíficamente y fue aceptado sin graves reparos por Francia e Inglaterra.

En realidad, los intereses vitales de tales potencias no se hallaban tan gravemente afectados por aquellas decisiones de Alemania, como para justificar el desencadenamiento de una nueva conflagración de consecuencias incalculables. Comprendiéndolo así, Chamberlain resolvió no oponerse a la incorporación al Reich del territorio de los Sudetes, que se efectuó esta vez mediante el acuerdo de Munich, suscrito por las cuatro grandes potencias europeas de Occidente y que parecía augurar una era de buen entendimiento y pacífica colaboración entre ellas.

Desgraciadamente, Chamberlain se dejó pronto disuadir de tan sensata política por la camarilla belicista dirigida por Churchill y estimulada por Roosevelt; adoptando desde comienzos de 1939 una actitud de franca hostilidad hacia Alemania, que tenía que conducir fatalmente a una guerra, salvo en el caso de que dicha nación se

(46) Véanse FRITZ HESSE: Ob. cit., p. 56; y también en las *Memorias de CHURCHILL*, (ed. cit., tomo I, p. 229), se alude a estas instrucciones de Hitler, aunque él se resista a creer en la buena fe de éste.

hubiera dejado intimidar, renunciando en lo sucesivo a toda nueva reclamación. Pero tal actitud de firmeza, que hubiera podido aún tener éxito en 1935 ó 1936, cuando Alemania había iniciado apenas su rearme, tenía que resultar contraproducente en el momento en el que la máquina militar germana estaba ya a punto de alcanzar su pleno desarrollo (47). En estas condiciones, la nueva política de Chamberlain impulsó a Hitler a precipitar los acontecimientos, procurando aprovecharse de su superioridad bélica circunstancial para alcanzar los objetivos que aún le faltaban por lograr; por vía diplomática, si era posible, y, si no, por la fuerza. Tal ocurrió principalmente con la garantía que Chamberlain (incitado por el bando belicista) dio a Polonia en 31 de marzo de 1939, que todos los comentaristas británicos independientes de hoy (Liddell Hart, Fuller, F. H. Hinsley, Russell Grenfell) califican de imprudente e, incluso, de inmoral, pues se sabía de antemano imposible de cumplir. Dicha garantía se convirtió, efectivamente, en causa inmediata e irremediable de la guerra; pues, de un lado, estimuló la cerrada intransigencia de los polacos a ceder en lo más mínimo a las pretensiones de Alemania, y de otro, impulsaba a este país a resolver el problema con las armas, antes de que aquella garantía pudiera hacerse efectiva. Y a remachar el clavo vino el maquiavélico pacto de amistad, propuesto a Hitler por Stalin, que aquél se vio obligado a aceptar contra sus íntimas convicciones, por creer que las potencias occidentales no insistirían en mantener sus promesas de ayuda a Polonia, que ahora resultaban totalmente ilusorias; pues no era dudoso que tal país sería aplastado por sus dos poderosos vecinos, en el caso de que persistiera en su actitud de intransigencia, antes que sus valedores pudiesen intervenir. No obstante, a los dos días de concertado aquel pacto, la garantía a Polonia fue confirmada por el gobierno británico, que al respaldar así la obstinación de los polacos, a sabiendas de que no podía socorrerlos, se hizo responsable de las desgracias que dicho pueblo tuvo que soportar entonces y sigue aún soportando actualmente.

(47) A este respecto observa Chastenet: «La lógica del acuerdo adoptado en Munich por las grandes potencias occidentales, Francia y Gran Bretaña, habiendo dejado pasar el momento en que la fuerza creciente de Alemania podría haber sido aplastada, debiera haber sido el dejar provisionalmente que el Reich prosiguiera su acción en el Este, y que ellas se aprovecharan de la tregua acordada para ponerse en condiciones de enfrentarse después con él» (ob. cit., ed. española, página 229).

En nuestro relato hemos reseñado ya las gestiones que Hitler y Mussolini realizaron en los últimos días de agosto para evitar o localizar un conflicto, que llevado hasta el fin, sólo podía acarrear —como los hechos han demostrado— la ruina de Europa y el auge del imperialismo soviético. Sabemos también por el valioso testimonio de Fritz Hesse —no desmentido hasta el presente— que el Führer se hallaba dispuesto incluso a retirar sus fuerzas de Polonia y a pagar reparaciones por los daños causados. Pero todo fue inútil, porque el partido belicista inglés se hallaba firmemente decidido a ir a la guerra, no para salvar a Polonia, cuya suerte les importaba muy poco a los prohombres de dicho partido (48), sino para destruir el nazismo y reducir a Alemania a una impotencia permanente (49). Tarea que a tales belicistas se les antojaba fácil; pues según declaró Sin Horace Wilson a Fritz Hesse en la dramática entrevista a que aludimos, «la guerra no iba a durar mucho, ya que Alemania, *por los informes que ellos tenían*, se encontraba con el problema de una escasez de materias primas y similares, que no podía permitirle mantener la guerra por mucho tiempo. Y eso, sin contar con que tampoco había ultimado su rearme» (50).

Como hoy sabemos, tales informes procedían en gran parte del grupo de generales disidentes, en que figuraba Halder, jefe del E. M. del O. K. H. De este modo, la infidencia de estos generales que pretendían —según dicen— impedir la guerra, contribuyó, por el contrario, a provocarla, ocasionando a la larga la ruina de su patria (51).

(Continuará en el número próximo.)

(48) En sus *Memorias*, Churchill da muestras de verdadera animosidad contra los polacos (véanse especialmente las pp. 395, 396 y 397, del tomo I de la edición española).

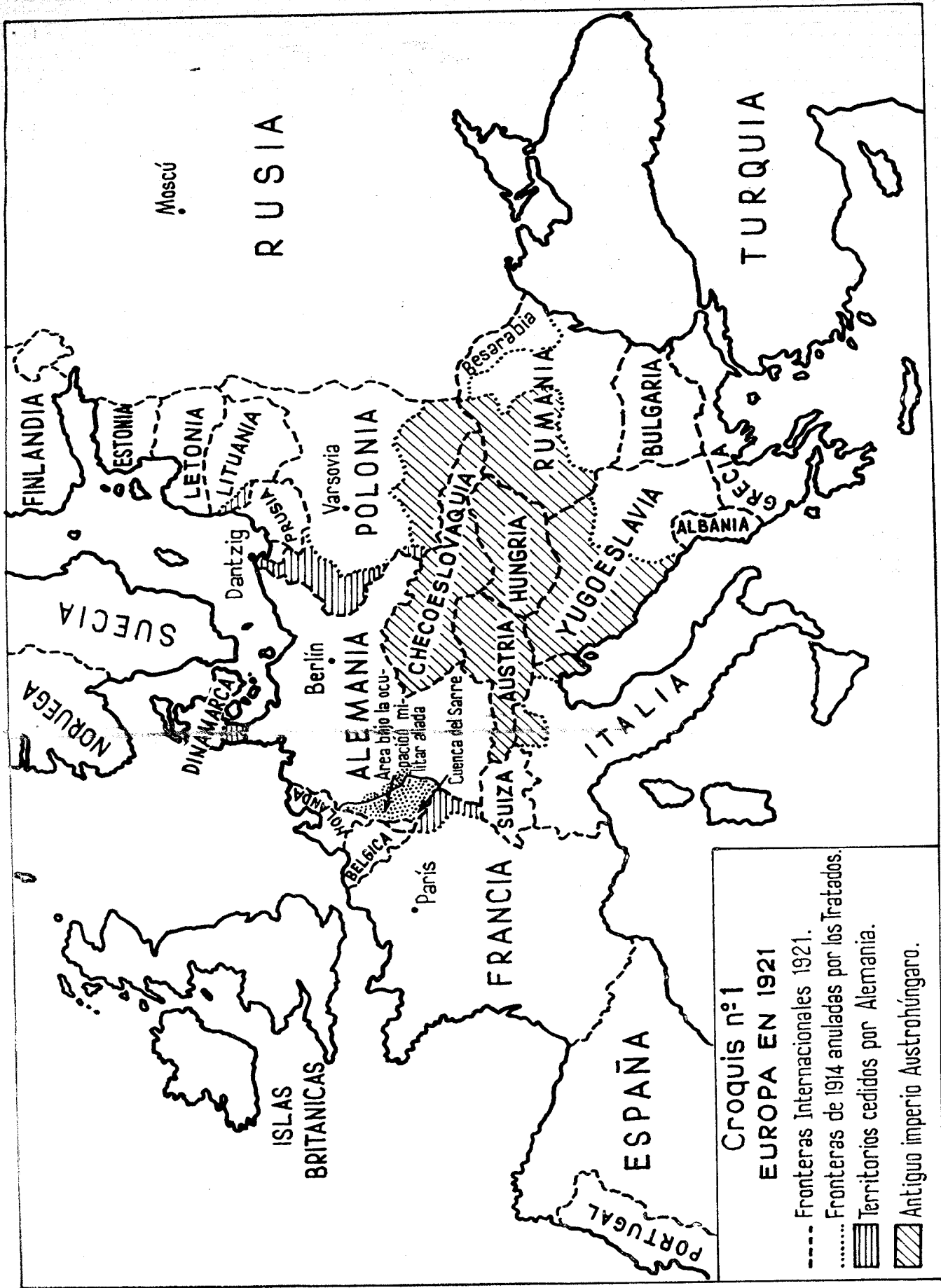
(49) *Ibid.*, tomo I, cap. I, p. 31.

(50) FRITZ HESSE: *ob. cit.*, p. 225.

(51) Véanse las referencias bien explícitas que acerca de ello da el propio Halder, en la obra ya citada de Peter Bor (ed. española, cap. VII, pp. 98-99, 101, 103-104 y 106); así como las *Memorias* de Churchill (ed. cit., tomo I, cap. XVII, páginas 356-360).

BIBLIOGRAFÍA

- Brandenburg (Erich): *Europa después de la guerra mundial* (Historia Universal dirigida por Walter Goetz, ed. española Espasa-Calpe, Madrid, 1936, tomo X, págs. 522-589).
- Nitti (Francesco): *L'Europa senza pace* (Prima edizione, R. Bemporad e Figlio, Editori, Firenze, 1921).
- Chasténet (Jacques): *Europa entre dos guerras 1919-1939* (Edición española EPESA, Madrid, 1945).
- D'Argile (René), Ploncard d'Assac (J.), Bearn (Jacques), Coston (Henry), Cousteau (Pierre-Antoine), Lebre (Henri), Mauny (Michel de): *Les origines secrètes de la guerre 1939-1945* («Lectures Françaises», N.º Special, juin 1957, La Librairie Française, 51 rue de la Harpe, Paris Vº).
- Benoist-Mechin: *Historia de Alemania y su Ejército* (Ed. española de Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1942).
- Hitler (Adolfo): *Mi lucha* (Segunda edición española, Munich, octubre de 1937); *Conversaciones sobre la guerra y la paz* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1953, tomo I).
- Churchill (Winston S.): *Memorias de la segunda guerra mundial. Cómo se fraguó la tormenta* (Traducción española de Juan G. de Luaces, Los libros de nuestro tiempo, Primera edición, Barcelona, febrero de 1949, tomo I).
- Hesse (Fritz): *Intriga sobre Alemania* (Primera edición española de Luis Caralt, Barcelona, febrero de 1956).
- Fuller (J. F. C.): *La segunda guerra mundial 1939-1945* (Traducción española de la 8.ª Sección del E. M. C. del Ejército).
- Hart (Liddell): *La estrategia de aproximación indirecta* (Edición española Iberia, J. Gil, Editores, S. A., Barcelona, 1946).
- Hinsley (F. H.): *Hitler no se equivocó* (Edición española AHR, Barcelona, 1953).
- Grenfell (Russell): *Odio incondicional* (Edición española Espasa-Calpe, Madrid, 1955).
- General Guderian: *Recuerdos de un soldado* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1953).
- Mariscal von Manstein: *Victorias frustradas* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1956).
- Mariscal Kesselring: *Memorias* (Edición española AHR, Barcelona, 1953, tomo I); *Reflexiones sobre la segunda guerra mundial* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957).
- Bor (Peter): *El Estado Mayor alemán visto por Halder* (Edición española Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires, 1955).
- Blumentritt (Guenther): *El Mariscal von Rundstedt* (Edición española Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1955).
- Borrego (Salvador): *Derrota mundial* (Séptima edición, México, 1960).



Croquis n°1
EUROPA EN 1921

- Fronteras Internacionales 1921.
- Fronteras de 1914 anuladas por los Tratados.
- ▨ Territorios cedidos por Alemania.
- ▧ Antiguo imperio Austrohúngaro.



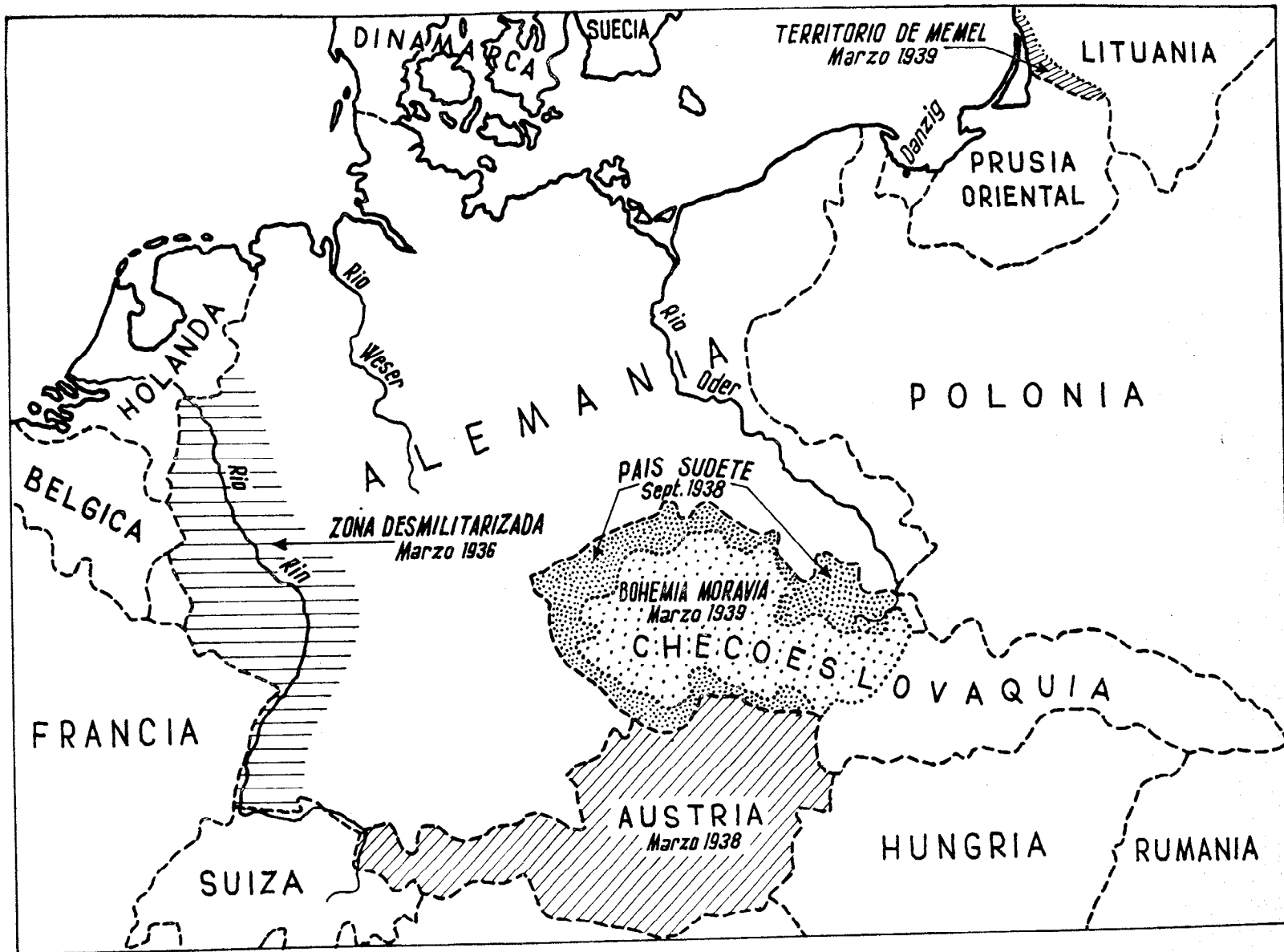
Croquis nº2

EL PLAN OFENSIVO CONTRA ALEMANIA HASTA EL AÑO 1930.

← Dirección de ataque en el primer período de la ofensiva aliada.

← Dirección de ataque en el segundo período de la ofensiva aliada.

⤴ Territorio alemán que debía ser ocupado por el enemigo en el primer período de operaciones.



Croquis nº 3
EXPANSION POLITICA ALEMANA DE 1936 a 1939